Caras vemos, corazones no sabemos

Palabras+

«De la traducción a la creación»

Concurso de relatos 2015

inteligencia recesión libro textos navegar pronto visión descubrimientos asumir ntos yo luego tú naturalmente charla eza saber amistad sensualidad color auna lluvia primavera aña vía extravagante saciedad vivacidad respecto dibujar dormir correr párrafos ad lectura escritura manuscrito vida e apoteosis democracia encanto tástrofe puente canal embocadura versos ión yoga a alegría espacio ar menospreciarse compasión moda dar después fuerte paisaje placer influir ignorar niños salto flamenco to mundo comunicación filosofía pensar umilde batalla antes intercambio

ÍNDICE

BASES DEL CONCURSO 3
PREFACIO 9
EL SUSURRO DE TU NOMBRE 11
LUCHO Y EL MAR 15
DEBILIDADES 19
JOSÉ 23
VERDADERAS INTENCIONES 27
TU FUTURO 29
EPISODIO 31
SOY ANUSH 35
LA RELIGIOSIDAD DE LOS OFICIOS 39
CAMINOS 43
LA MARIPOSA DEL DESIERTO 47
UN PEQUEÑO DESVÍO 51
LA SONRISA ENCANTADA 55
ESTEBAN 59
LO INSOSPECHADO 63
24 HORAS EN LA VIDA DE UN DESCONOCIDO 67
LA MUÑECA DE TRAPO 71
TUMBADO EN LA CAMA A MEDIA TARDE 75
EL REFLEJO DE UN SUEÑO 77
ERROR DE INTERPRETACIÓN 79
LISTA DE AUTORES Y LECTORES 83

BASES DEL CONCURSO

Palabras+, con la colaboración de la Asociación de Funcionarios Internacionales Españoles (AFIE), la Facultad de Traducción e Interpretación (FTI) de la Universidad de Ginebra y la Asociación Internacional de Traductores de Conferencias (AITC), convoca la segunda edición del:

CONCURSO LITERARIO PARA TRADUCTORES E INTÉRPRETES

«De la traducción a la creación»

En la primera edición del concurso quedó patente que, detrás de la fidelidad que debemos a los textos que vertimos al español, se esconden plumas con muchas historias que contar. Nos une el interés por las letras, pero una misma imagen, vivencia o conversación inspira en cada uno de nosotros una historia diferente. Lanzamos este año un nuevo reto, abierto a los que les gusta escribir y a los que les gusta leer: bienvenidos a la segunda edición del concurso «De la traducción a la creación».

1. TEMA DE LA SEGUNDA EDICIÓN DEL CONCURSO: «Caras vemos, corazones no sabemos»

Te proponemos una galería de retratos, elige uno y conviértelo en uno de los personajes de tu relato. Crea la identidad de la mujer, el hombre o el niño que evoca algo en ti, que podría encarnar algún hecho que te gustaría llevar al papel o que te incita a hilar alguna ficción. Se llamará como tú quieras y hará de bueno o de villano, de cómplice o de enemigo...

2. PARTICIPANTES

Podrán participar las personas que trabajen o hayan trabajado como traductores o intérpretes, sean empleados permanentes, temporeros o jubilados, así como los estudiantes de traducción e interpretación.

3. PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS

Cada concursante presentará un relato inspirado por uno de los retratos. Han de cumplirse los siguientes requisitos:

- Las obras estarán escritas en español, serán originales e inéditas y no habrán sido premiadas con anterioridad ni estarán pendientes de fallo en otros certámenes.

- No tendrán más de 1.000 palabras y se presentarán en formato PDF, en caracteres Arial 11 a doble espacio.

- Los relatos se enviarán por correo electrónico a la dirección palabrasmas@afie.es y se indicará el seudónimo del autor en «Asunto». Se adjuntarán al mensaje 2 ficheros: un documento Word titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_DATOS.doc en el que constarán exclusivamente el título de la obra, los datos personales del autor, su correo electrónico y número de teléfono y una breve descripción (máximo 5 líneas) de su experiencia justificable como traductor o intérprete; y un documento PDF, titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_RELATO.pdf, que contenga el relato firmado con el seudónimo. En el cuerpo del mensaje se indicará el retrato escogido como inspiración para el relato.

La persona encargada de la recepción de los trabajos velará por el secreto de la autoría. Al final del concurso desvelaremos los nombres de los lectores y de los autores, sin indicar quién es el autor de cada relato (excepto en el caso de los dos relatos ganadores).

4. JURADO

Si no quieres enviar un relato, pero te gustaría participar en el jurado, puedes inscribirte para evaluar los textos de tus colegas. Todos los relatos serán evaluados por varios lectores que los calificarán de 1 (puntuación mínima) a 10 (puntuación máxima). Ganará el relato que obtenga la puntuación media más alta. En caso de empate, Palabras+ elegirá el relato ganador.

5. INSCRIPCIONES Y PLAZOS

Puedes inscribirte como escritor enviando tu texto antes de las 12 de la noche (hora de Ginebra) del 30 de junio de 2015 a la dirección palabrasmas@afie.es.

Si quieres inscribirte como lector, envía un mensaje electrónico con tu nombre y apellidos, dirección de correo electrónico, teléfono de contacto y una breve explicación (máximo 5 líneas) de tu experiencia profesional en el mundo de la traducción o la interpretación a palabrasmas@afie.es. El plazo para inscribirte como lector expira el 30 de junio de 2015 y el plazo para evaluar los textos termina el 15 de septiembre de 2015.

6. PREMIOS

- La satisfacción de haber escrito algo que ha despertado el interés de tus colegas.
- La publicación electrónica de los mejores relatos en la página Web del concurso y su difusión en otros sitios Web relacionados con la traducción y la interpretación.
- Los autores de los dos relatos ganadores recibirán un vale de 250 CHF y 150 CHF, respectivamente, para una librería de su elección.

7. OTRAS CONDICIONES

- La presentación de una obra y la inscripción como lector suponen la plena aceptación de las presentes bases por parte del participante.
- El fallo del jurado, que será inapelable, se hará público en la página Web del concurso a lo largo del mes de octubre de 2015.
- Los miembros de Palabras+ podrán participar en el presente concurso, pero no podrán optar a ninguno de los premios.
- Se ruega dar la máxima difusión.

Palabras+

PREFACIO

«En el ejercicio de la traducción nos apropiamos el idioma materno. Debemos buscar continuamente la palabra que corresponde a la palabra ajena. En ese sentido, la traducción es una escuela de escritura».
Erri De Luca

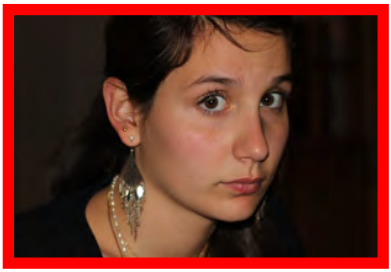
El éxito de la primera edición del concurso «De la traducción a la creación» nos animó a lanzar una nueva convocatoria en 2015: «Caras vemos, corazones no sabemos». Propusimos como inspiración varios retratos para que los participantes nos contaran una de las miles de vidas posibles que se esconden detrás de esas caras.

Como artesanos del idioma, traductores e intérpretes jugamos con infinitas combinaciones de las palabras, que van cobrando cada día nuevos significados y, sin darnos cuenta, vamos acumulando retazos de historias. Construimos cada día castillos de papel y tinta, siempre conformes a los planos del arquitecto. Al escribir nuestro propio relato, utilizamos esas mismas herramientas, pero sin planos… armamos un mosaico de retazos. Este año la reacción a nuestra propuesta ha sido aún más entusiasta y nos complace comprobar que la iniciativa ha servido realmente de aguijón para desempolvar recuerdos o imaginarlos.

Los relatos que más han gustado a los lectores-jurado, tan participantes como los mismos autores, son: «El susurro de tu nombre» (Miguel Amores) y «Lucho y el mar» (Sylvia Navone).

Una año más damos las gracias a la AFIE por su apoyo incondicional al concurso, a los que nos animasteis a lanzar una nueva edición y a todos los que, de una manera u otra, habéis contribuido al éxito de la segunda edición. ¡Contamos con todos vosotros para seguir compartiendo más que palabras!

EL SUSURRO DE TU NOMBRE



Querida Eva:

Mañana se cumplirán nueve meses desde que renuncié para siempre a pronunciar el sonido de tu nombre. Desde entonces mi vida se ha reducido a temer la llegada de este día, ese que surgirá de las cenizas de este anochecer. Nueve meses. Me da miedo despertar mañana y recordar la hora exacta en que crucé el umbral de la clínica, sola; me da miedo recordar el tono de voz con el que el doctor me dijo que estaba haciendo *lo correcto*; me da miedo volver a pensar en la forma en que él me puso una mano sobre el hombro para darme ánimos y yo sentí su alianza de casado helada, clavándose contra mi piel; me da miedo sobre todo recordar la sensación del fin de la anestesia, cuando desperté para siempre a tu ausencia y a mi vientre roto. Y sin embargo, lo que me da auténtico terror, lo que de verdad me mantiene temblando en la vigilia de esta carta, es el momento de mirarme al espejo. Sé que mañana, en algún momento, reuniré el valor necesario para encarar el reflejo de quien soy, de aquello en lo que me convirtió tu nombre silenciado. Y sé que entonces volveré a recordar, una vez más, que me habría gustado que te llamaras como yo, Eva.

Desde el día que tomé la decisión de no pronunciar jamás tu nombre la vida se me ha convertido en un largo temor a los aniversarios y a los espejos. En este tiempo he aprendido que todos deberíamos tener un poco de miedo de ser quienes somos, que todos los nombres son frágiles. Yo fui sietemesina, y hace exactamente dos meses no fui capaz aguantar una noche como esta. Mi vientre, sin embargo, no pudo retener las pastillas que ingerí. Se ve que ya no sirve ni para eso. El día del fin de tu nombre, el médico, el del anillo de casado clavado en mi piel, no se atrevió a mirarme a los ojos. Me dijo que había habido complicaciones; me dijo que junto a tu nombre se había borrado la posibilidad de cualquier otro nombre. Se había quitado el anillo, y en su lugar sólo había una franja de piel fina y pálida. Yo tampoco me atrevía a mirarle a los ojos. Desde entonces la tristeza me obliga a contemplar el origen de cada

amanecer, justo como ahora. Desde entonces sólo pronuncio mi nombre ante desconocidos, cuando es absolutamente necesario.

Sólo le he contado esto a una persona. Hace dos meses simplemente limpié el vómito de pastillas, me lavé los dientes y volví a la cama para seguir llorando. Recuerdo que fuera ya se intuían los primeros rayos del sol contra la persiana, débiles. A mediodía, sin haber dormido ni un minuto, tecleé «psicóloga» en el ordenador, y llamé al primer teléfono que apareció en pantalla. Se llama Rosa, y a veces creo que ella tiene la impresión de que me está ayudando mucho. Sólo ella sabe lo que ocurrió; sólo ella y tú, que jamás podrás leer esta carta.

Todos dicen que me ven triste, pero creen que es por la ruptura con Roberto. Mi madre es la única que parece sospechar lo que realmente ocurre. Ella, mi madre, es aún peor que todo lo demás. Me coge la mano, me mira con ojos dulces, me pide que hablemos; me dice que soy su niña, y al acariciarme el pelo me clava una y otra vez su anillo de casada, por toda la cabeza. A mí en esos momentos sólo me sale llorar, y sus brazos me queman; que me abrace mi madre es mucho peor que mirarme al espejo, que temer el calendario, que el filo de cualquier amanecer. Mi madre sí que quiso para ella el sonido de mi nombre. Mi madre sí que tuvo el valor de llamar a su hija Eva.

Con Rosa las cosas son un poco más fáciles, sólo un poco. Creo que es porque usamos palabras distintas para hablar de lo mismo. Ella, por ejemplo, a mi tristeza la llama *depresión*. No tiene hijos, por lo que me resulta un poco más sencillo mirarla a la cara. A veces me gustaría que dejara de hacerme hablar y me abrazara, pero sé que no es posible. No sería *lo correcto*. Como mucho, me pone su mano en el hombro, y al hacerlo no me clava ningún anillo. Casi me dan ganas de sonreír. Casi.

Ya empieza a amanecer. Aún no se ven del todo las luces, pero sé que está ahí, el nuevo día, a punto de estallar. Se acerca el momento del silencio y el espejo, y yo tiemblo más que nunca. Dentro de poco seré incapaz de seguir escribiendo, y la noche sólo me habrá dado para estas líneas. Siento mi vientre como una fosa arrasada. En la última sesión, ella, Rosa, me dijo que su trabajo, que *nuestro trabajo*, terminará en el momento en que yo me convenza de que tengo derecho a volver a ser querida. Pero creo que ya es tarde para eso; hoy ya es tarde. Hoy sólo merezco el recuerdo de tu nombre vaciado.

No pude volver a conseguir aquellas pastillas, así que he desmontado tres hojas de una maquinilla de afeitar y las he colocado sobre el lavabo, en fila. Roberto se dejó la maquinilla la última vez que dormimos juntos. Esa noche me dijo «te quiero», pero yo no le contesté. Fue hace exactamente nueve meses, y la mañana siguiente fui a la clínica, muy temprano, sola, cuando apenas había luz de sol.

Te escribo esta carta, Eva, porque si reúno el valor necesario ya no habrá más amaneceres; te escribo, Eva, porque el espejo ya ha dictado sentencia sin necesidad de mirarme en él; te escribo, Eva, te escribo, porque tres letras son más soportables que pronunciar el sonido de tu nombre, siquiera en un susurro.

Hasta siempre, mi niña.

Para siempre.

Eva.

Megaro

LUCHO Y EL MAR

Todos volveremos algún día a la tierra, pues somos polvo y el polvo a la tierra vuelve, como vuelve el agua al agua y el aire al aire.

Lucho es hombre de tierra ocre, tierra firme de arena y fuego, la piel labrada por la vida, las manos trabajadas por el peso de los años. Su piel refulge con un color caramelo que las anchas siestas al sol frente al mar parecen haber renegrido como el azúcar pegado a la sartén. Su tez se deshilacha en finas arrugas que le cubren el rostro e inventan su propio mapa de carreteras. Sus ojos tienen el color indefinible de las borrascas cuando las nubes revueltas deciden llover. Son bailarines como él, dos alegres luceros que apenas paran quietos, que se comen el mundo sin jamás parpadear. Sonríe con esa sonrisa leve pero entera, que parece inventar una vida más plena. En los días de viento, la brisa y el mar se alían, ella apresurada para robarse su risa, el mar, celoso, para atesorarla en sus profundidades como preciado manjar. Aunque los mundos de ambos sean diferentes, asemejan dos almas gemelas, Lucho y el mar.

Cuando aún era niño, Lucho entregó su alma al mar, ese infinito océano que lograba adormecer sus ojos y serenar su tristeza con la nana de su rumor y el vaivén de sus olas y ahora, cuando no lo surca suspendido de sus redes de pescador, pasa horas y horas frente a él, atisbándolo incauto en la lejanía hasta que su piel adquiere el color de la miel y su imagen termina confundiéndose con la tierra que lo cobija. Lucho se torna entonces una colina más en el horizonte, totalmente arrobado ante la belleza que lo conmueve hasta la médula.

Y mientras Lucho acecha las olas desde tierra firme, cree vislumbrar su vida que viene y va sin jamás poder asirse a ella, sin poder jamás atraparla como un alfiler resbaladizo que no prende en la seda, pues como el mar es inasible. Sólo entonces tiene la plena intuición de que abandonándose al mar logrará poseerlo sintiéndose uno con el universo entero.

Han pasado los años, el tiempo lento de eternos días sin comienzo ni fin, incesantes como las olas que simplemente son. Quiere Lucho despojarlas del enigma que ritma su melódico compas y como el loco aleteo de las aves migratorias que siempre encuentran su camino sin un faro que las oriente, quiere Lucho descifrar su misterio, esa muerte en una orilla que es para Lucho un enigma incomprendido como si fueran dos aliados unidos por la misma causa.

El mar, ante la presencia insistente de quien lo observa, luce lozano y rozagante. Disfruta el mar mostrándole a Lucho su poderío e inmensidad como si estuviera diciéndole con veladas palabras ¡jamás podrás adivinarme! ¡Lucho a su lado se siente tan insignificante! Pero poco importa, pues siempre llega un momento en que ambos se avergüenzan y entonces la mar se azora y Lucho se sonroja. Así son ellos, dos niños revoltosos que logran percibirse entre las salpicaduras que escupen las olas, como si se prolongasen a través de alguna dimensión secreta de sus existencias presentes.

Del naufragio, aquel día en que salió a pescar, poco recuerda. O nada, más bien… El agua salada que lo tapa y lo cubre como una manta, que lo envuelve y se lo quiere llevar mar adentro, que lo arrastra irremisiblemente hasta sus confines en las profundidades abisales. Y él que patalea, descubriendo ese instinto de supervivencia como la vida misma, que lo obliga a bracear hasta acabar agotado, rendido a los pies de las rocas que vigilan su sueño cuando finalmente despierta, la leve marejada que lo mece y enfría.

Había encallado entre los brazos de la arena, los ojos legañosos, la cabeza pesada y resacosa como una borrachera de alcohol cuando uno quiere olvidar, arribado sin proponérselo, a una orilla que aún no recuerda.

Cuando despierta, los rayos de sol que a esas horas caen de punta como flechas enemigas lo obligan a guarecerse bajo una lona rasguñada que descubre durante un paseo por esa playa aún desconocida que se deshace en maleza antes de desembocar en unos cerros suaves. Sin fuerzas para ir más lejos, ahí mismo se tiende en la arena caliente y agradece al cielo el hallazgo que ahora lo protege del astro solar.

Atrás queda mi vida, piensa Lucho, mirando al mar, al cabo de un tiempo que le parece infinito, cuando siente los huesos desfallecidos ya, atrás los pechos felices de María que cada noche besaba con sublime veneración. ¡Cuánto desearía tenerla a su lado una vez más! Aguardar a que florezca en sus brazos mientras la sosiega con la cadencia de su respiración acompasada hasta que ambos caen rendidos al regazo de la noche. Quiere volver a experimentar esa sensación de continuidad en otro ser que ahora encuentra en el mar, como si éste le estuviese devolviendo el alma que Lucho le entregó un día.

Atrás queda todo, acierta a decir con un hilo de voz apenas audible, transparente como el velo que todavía lo separa del vacío, mientras sus ojos se van apagando, atraídos por la luz que destila el mar que, como un espejo, reverbera la imagen del chiquillo que fue.

Sólo entonces entiende Lucho que está volviendo al polvo de la tierra cálida que lo alumbró y lo vio crecer y se asombra de ser el chaval inocente que despierta en otra playa, en esa otra orilla que ahora sí recuerda.

Sylvananavona

DEBILIDADES

Un día decidí enfrentar mi timidez y mi aversión por la gran ciudad. Luego de un par de años viviendo en A., habiendo tenido que enfrentar tantos cambios culturales y obstaculizada por un idioma complejo que me impedía desenvolverme con más soltura, me había sido prácticamente imposible desarrollar una vida social que estuviese dentro de los parámetros convencionales. En resumen, yo era una especie de ermitaña temerosa de la crueldad de la urbe. Y es que, cada vez que me veía obligada a salir, observaba consternada cualquier pequeña agresión que ofreciera la calle: tráfico, tropezones entre transeúntes, rostros duros, una lengua —para mí— árida, ruido, nadie que te devolviera un gesto. Todo eso me dejaba desconcertada al regresar a mi estudio y deseaba que nunca acabara el día para no tener que volver a recibir tales bofetadas en el alma al día siguiente.

Mis deberes hacían imposible mi sueño de eremita, así que me armé de valor y tomé la determinación de empezar a enfrentar el caos externo hasta que éste me devorara, me asimilara y, finalmente, yo formara parte de él. Era una especie de inmolación en pro del justo orden de las cosas, de la armonía —si es que un concepto así cabe en una ciudad—.

El sacrificio debía ser total y violento; por eso, tomé el *tram* hasta llegar a la plaza principal que estaba rodeada de cafés y siempre sobrepoblada de variopintos personajes. Los lentes de sol (por milagro, el cielo estaba despejado y hacía un calor paradójicamente tropical) me permitían esconderme, camuflarme entre la confusión general. Para mi sorpresa, vi muchas caras sonrientes e incluso pude oír algunas carcajadas. Esto me pareció un buen augurio y me dio un poco de confianza.

Mientras escogía en qué café podría sentarme a almorzar, un grupo de jóvenes desocupó una mesa exactamente al lado de donde me encontraba parada. Mejor así, porque soy torpe escogiendo, todos los lugares estaban repletos y esta ocasión era la excusa perfecta. Rápidamente tomé asiento, abrí el menú y, unos minutos después, llegó una señora de apariencia impecable a preguntar si podía sentarse en mi

mesa, porque todas las demás estaban copadas. Le respondí que no había problema; aunque, en realidad, me incomodaba la presencia de un desconocido mientras comía. Enseguida se presentó el mesero y tomó nuestras órdenes. Yo pedí lo primero que cayó bajo mis ojos (es mejor dejar ciertas cosas al azar, para no tener que sufrir el suplicio de decidir). La señora P., en cambio, debía ser una mujer de mucho mundo, ya que había escogido algunos platos exquisitos del menú y un excelente vino.

No soy de las personas que se encuentran a gusto hablando con extraños por la calle, tampoco me siento cómoda expresándome en otro idioma que no sea el mío; pero como la señora P. se mostraba tan amable y yo tenía que romper las barreras que me impedían ser parte de la ciudad, di lo mejor de mí y entablamos una amena conversación. Me pareció entonces que, quizás, mis ideas acerca de la gente de este lugar eran infundadas y que la ciudad podía ser gentil, todo era cuestión de disposición y voluntad.

La señora P. compartió conmigo su pasado, su presente y sus anhelos. Me preguntó acerca de mi vida y mis planes. Me hizo recomendaciones; yo agradecí. De repente, la conversación se tornó mucho más íntima y la señora P., con los ojos cargados de lágrimas, describió pasajes melancólicos de hacía algunos años. Me conmovió a tal punto que sentí la necesidad de abrazarla como a una buena amiga. Entonces, traté de reconfortarla con palabras de aliento. Aproveché el curso que había tomado nuestro diálogo y yo también confesé mis odios y mis amores. Mi compañera me comprendía. ¡Qué alegría poder abrir mi corazón, expresarme libremente luego de tanto tiempo en la soledad! Me sentía nuevamente viva. Estaba estremecida. El sacrificio había resultado extrañamente reconfortante. Podía afirmar que estaba feliz.

Terminamos de comer casi sin darnos cuenta. Seguíamos charlando. La señora P. detuvo un momento su discurso, porque oyó las campanadas de las iglesias cercanas. Con ojos de madre enternecida, se disculpó y me dijo que ya debía marcharse. Le pedí un teléfono, una dirección. Ella anotó garabatos en una servilleta. Gracias, señora P., gracias por todo. Es usted un ser maravilloso. Volví a mi asiento, luego del caluroso estrechón de manos. Estaba tranquila y me sentí avergonzada de haber pensado que allí era imposible encontrar un alma sensible y transparente. Vi la servilleta garabateada con un número y una dirección, sonreí y la guardé con esperanza: por fin, una amiga.

Aún envuelta en la ensoñación, no noté que el mesero estaba a mi lado diciéndome algo. La ciudad había adoptado ahora un color diferente y yo empezaba a ser parte de ella. Medio abstraída, volteé la mirada hacia él. Usted perdone. No quiero nada más, tráigame la cuenta. ¡La cuenta! De seguro fue una distracción, ¡tan agradable era el momento que no había espacio para estas cosas mundanas! Intenté distinguir a la señora P. entre la multitud que estaba en la plaza. Ni rastro de ella. El mesero me mostró la factura llena de cifras, demasiadas cifras. Temblando, tomé la servilleta de garabatos y marqué desde mi móvil: «Número inexistente».

Alondra Arnold

JOSÉ

José estudió para profesor primario, porque no era mucho más lo que podía estudiar viniendo de ese pueblo añoso y triste donde había nacido. Era eso o tecnología agrícola, pero odiaba la tierra, esa tierra egoísta que torcía los huesos. O dedicarse a cantar, como había querido desde niño, pero su padre no le dio alternativa.

Ya llevaba tres años de maestro, siempre tratando de enseñarles canciones a los niños, cuando la vida se puso más difícil en el pueblito minero donde trabajaba. Los que vivían ahí y muchos de otras partes empezaron a juntarse en la plaza, exigiendo que dejaran de pagarles la miseria de siempre, o a reunirse en los galpones a escuchar a los que venían de la capital. A José le ofrecieron convertirse en dirigente de los maestros, que le dieron la mayoría de los votos, y en menos de un mes tuvo que dejar la escuela para seguir a los que iban de pueblo en pueblo, a pesar de que su mujer no dejaba de llorar y preguntarle qué iba a hacer ahora con los críos, el menor recién nacido y el siguiente que todavía no aprendía a caminar.

A José le dolía hasta el cuerpo de pensar en dejarlos, pero desde que llegaron los de la capital había empezado a sentir algo muy parecido a cuando decidió no ser técnico agrícola. Con el tiempo, fue entendiendo qué era, sobre todo porque ahora, mientras los demás se subían al escenario a hablar de lo que había que hacer, a él le pedían que terminara cada acto tocando la guitarra; José sabía hacerlo con unas ganas que se desconocía y todos terminaban coreándolo de pie, hasta llorando.

Cuando los militares empezaron a rodearlos, José fue el último que dejó de cantar. En el pueblo donde lo relegaron durante cinco años no terminó borracho gracias a su manía de ir todas las mañanas a la biblioteca de la única escuela, donde encontraba libros que leía en la plaza y en su cuarto, siempre con miedo a que se terminaran y tuviera que quedarse solo con el silencio. En ese pueblo conoció a doña Olaya, que tenía las manos deformadas por la picadura de una araña, así decía ella, pero que no dejaba de tocar la guitarra y le enseñó todas las canciones que sabía. A don Néstor, maestro como él, que seguía enseñando todo lo que había

aprendido salvo «La Internacional», que ya no se cantaba. A Emilia, que lo acogió sin preguntarle nada. A los extranjeros que estaban como él, varados en ese pueblo donde llovía hasta en verano.

Al salir de ahí, José no sabía quién era y tuvo que pasar varios meses buscándose. Lo primero que hizo fue volver a la familia, pero los hijos ya no lo recordaban y su mujer había vuelto a hacer su vida con un albañil de por ahí cerca.

Por suerte, en esos meses tristes conoció a un carpintero, también abandonado, que le enseñó el oficio. Y cuando se cansó de hacer lo mismo, le regaló a su hijo mayor, con el que hablaban poco pero que venía todos los fines de semana a verlo trabajar, las figuras de madera que inventaba con dibujos antiguos y que los turistas se llevaban por montones sin fijarse en el precio.

Como ahora nadie iba a darse cuenta que se iba, José empezó a alejarse sin pensar hacia dónde. En el camino trabajó varios meses en una gasolinera antes de conocer a Iván, que se instalaba a vender helados en un cruce arenoso de camiones y que lo llevó a la cantina donde por primera vez le ofrecieron cantar a cambio de comida y una cama.

En Horcones aprendió a marisquear y a dormir pocas horas, porque en las noches cantaba en un tugurio lleno de pescadores trasnochados. En Ensenada estuvo tejiendo redes, sin dejar de cantar en los dos bares que abrían hasta tarde. Como no podía alejarse de la costa, porque hacia el interior no había más que unos nudos de casas pegadas a la ruta, hizo de cocinero, de pioneta, de lo que le ofrecieran.

Por sentir que le traía mala suerte quedarse mucho tiempo en un mismo lugar, siguió de un lado a otro, aunque antes de instalarse aunque fuera por unos días en un pueblucho se aseguraba de que hubiera un bar cerca donde irse a guitarrear. Entre eso y las invitaciones a animar un bautizo, un entierro o una fiesta de quince, la voz se le fue redondeando y cantaba hasta cansarse por cantar nada más, porque lo que le daban siempre era una miseria.

Ahora van tres años que trabaja de limpiador en un edificio de la capital, donde lo llevó Estela porque ahí está la casa que le dejaron sus padres con frutales y una huerta. El trabajo no es peor que muchos de los otros y

tiene la ventaja de un turno de dos horas para limpiar el estacionamiento con un cepillo ancho que pasea de izquierda a derecha, de la entrada hasta el fondo. En esas horas canta. Nadie le ha hablado nunca y apenas lo saludan, pero a José no le importa y sonríe apoyado en el mango. Hay ratos, sobre todo cuando llueve y se produce un eco, en que canta más alto, casi a gritos, y es el galpón de nuevo, todo el mundo de pie, todos coreándolo.

Amina

VERDADERAS INTENCIONES

No era la primera vez que experimentaba ese sentimiento vago, indefinido y perturbador. Esa mezcla de aturdimiento y ofuscación que le provocaban ganas de salir huyendo. Pero se quedaba allí, quietita, siempre se quedaba así, sin moverse, presa tal vez del temor a perder sus pequeños privilegios. Lo único que deseaba en ese momento era que nadie se diera cuenta de lo que en realidad le sucedía por dentro, con esa cara de niña boba quería ocultar lo que su corazón y su cuerpo procuraban decir a gritos y su boca sellada nunca se animaría a contar. ¿Podrían tal vez leer sus pensamientos en la niña de sus ojos? O lo que es peor, ¿adivinar sus sentimientos por el rubor de las mejillas? No lo creía así, aunque las líneas de la frente se le arrugaran un poco por la preocupación o sintiera dentro suyo ese desasosiego que provoca pensar en la posibilidad de ser descubierta, ella sabía que era una maestra de la simulación. Ya lo había demostrado cuando siendo apenas una chiquilla, le pidieron que guardara ese enorme secreto... lo hizo tan bien que nadie nunca se dio cuenta de lo que estaba pasando, del porqué de su malhumor, de su ansiedad constante, de sus ataques de ira.

Hoy iba a ser un día especial. Curiosamente se había arreglado un poco para la ocasión, no demasiado para que no se le notara el entusiasmo. Ya sabía lo que haría y cómo llevaría a cabo su propósito. Tenía todo perfectamente estudiado, pensados los contratiempos, los horarios, los descuidos. Lo único que tenía que hacer hasta que llegara el momento indicado era disimular como lo venía haciendo hasta entonces. Era tan habitual en ella estar medio alterada y huidiza, que no iba a ser muy difícil esconder sus verdaderas intenciones. Solo tenía que armarse de paciencia hasta la noche, esperar a que se fueran todas las visitas, que la casa quedara apaciguada para prepararse y actuar. La noche siempre era un momento propicio para lo inefable y clandestino.

Pero cuando sentía que estaba muy cerca, de pronto empezaron a surgirle nuevas preguntas. ¿Servirá de escarmiento tanto esfuerzo? ¿Valdrá la pena sacrificarse tanto? Qué expresión esta de «valer la pena» porque ella podría haber pensado «valdrá el esfuerzo» o «será

conveniente» o alguna otra frase similar en la que enfatizara la relación costo-beneficio del asunto, y sin embargo, pensó en «pena» que es dolor, tristeza pero también castigo, condena. ¿Será que por su cabeza pasó la idea de un castigo? ¿Será que sintió que su decisión iba a significarle una condena eterna en el infierno? No le importó. Nada le importó. Solo salirse con la suya.

Eran las 6 a.m. del lunes 9 de marzo del año 2010. La luz mortecina de la mañana incipiente se filtraba por la ventana de celosías del cuarto de Luciana. Las pequeñas franjas de luces y sombras daban un aspecto fantasmagórico a su rostro angelical. Su padre vino a despertarla para ir a la escuela y no obtuvo ninguna respuesta. Estaba muy quietita, como si no se hubiese movido en toda la noche. No se esforzó demasiado. Mejor la dejaba dormir un rato más, pensó que la reunión de la noche anterior la había dejado agotada. Cerró la puerta y se fue, como siempre lo hacía. Tres horas más tarde la joven abrió los ojos, seguía allí, atrapada, inmóvil, sola, todo había sido en vano, por segunda vez la muerte le había resultado esquiva. ¿Qué había fallado? No lo sabía, solo tenía la certeza de que una vez más estaba obligada a seguir simulando.

Dinky Doo

TU FUTURO

Hace ya varios meses que se apareció en mi camino. Esa mirada verde, ligera, libre de dudas y de temores. Me saluda por la mañana, cuando me voy a trabajar; me sonríe por la noche cuando paso exhausto a su lado. En esos dos extremos del día, mientras mis ojos luchan por mantenerse abiertos, los suyos siempre brillan, llenos de malicia e inocencia infantil.

Siempre sé exactamente dónde aparecerá: en aquel cruce de la carretera nacional, junto a un viejo anuncio de neumáticos. Pero según mi humor o mi cansancio, lo que sucedió en el trabajo o en casa, recibo su sonrisa como un apoyo… o como una burla; siento su mirada como una caricia... o como una bofetada.

Solo tiene un par de años menos que yo. ¿Será esa la razón por la que brilla tanto su inocencia? No lo creo... estoy seguro de que yo, así como todos los niños que conozco, a su edad ya había perdido esa luz que tienen los niños antes de verse obligados a enfrentar al mundo.

¿Quién será ese niño?

Para mí, es un vendedor de sueños, una telenovela: cada día me cuenta una historia distinta. Y aunque la realidad de mi vida me diga que todo es mentira, yo me la creo. Porque me gusta. Porque vivir muchas vidas ayuda a olvidar la propia.

Un día, es hijo de un pianista famoso, que viaja por el mundo con su padre, de espectáculo en espectáculo; otra día, virtuoso de fútbol, seleccionado por un programa internacional de jóvenes promesas, que pronto lo llevará a la fama; y así durante unos minutos, me escapo yo un rato con él vendedor de miniaturas de madera, bailador de Hip Hop, futuro gimnasta de élite, creador de juegos informáticos… todo eso y mil cosas más.

Él es todo lo que yo nunca llegaré a ser... un espejo de mis fantasías.

Siempre que levanto la mirada hacia el enorme cartel desde el que me sonríe inmóvil, mis ojos cansados se paran unos segundos sobre la inscripción en grandes letras amarillas, mensaje firmado por el Ministerio de Fomento de la Juventud: «TU FUTURO NOS INTERESA»...

¿Mi futuro?

Pues de interesante no tiene mucho, se lo aseguro. A mí me interesa mucho más el futuro del niño de los ojos verdes...

Esmeralda

EPISODIO

Tres de la tarde. Los dos estamos solos, como todas las tardes de verano. El calor se ensancha en ese departamento tan angosto. Se infla. Busca una salida por donde explotar. Las ventanas no alcanzan. Los dos solos y echados a la suerte, como todas las tardes de la vida. No. Los dos solos y yo, echada a la suerte, como todas las tardes de mi vida. ¿A qué vamos a jugar hoy? Mmm. A «Titanes en el ring». *Vos sos mucho más fuerte y me duele.* Siempre ganás. ¡No! ¡Te dije que no quiero! Oigo mi voz chillona y nerviosa. ¡Cómo imploro la presencia de mamá! Pero está en el trabajo. Siempre ocupada, siempre apurada. «Necesito días de veintiocho horas». O de la abuela. Con ella no me va a pasar nada malo: serena, plácida, confiable. Y silencio. ¡Qué calor! Me chorrean las sienes. La sensación de picazón que me produce el calor me corroe. Me carcome el cuello, las orejas, la cara. El calor y el tedio son enemigos. Algo tenemos que encontrar para matar la tarde. Mamá dijo que hoy volvía más temprano y que nos portáramos bien. Yo siempre me porto bien. No tengo lugar para la maldad. Lo sé. ¡Tantas cosas me producen tristeza! Las hojas del otoño, los perros callejeros, la penumbra del invierno, los rostros arados por los años, la escuela. El calor ensancha las paredes. Pareciera que los cuadros van a descolgarse en cualquier momento. «Dale, a Titanes». Tengo miedo. Sé que vuelvo a quedar enredada en los brazos del azar. En las garras. Mi opuesto. La cara de la maldad; del gusto por el sufrimiento ajeno; del goce por el sometimiento, la manipulación, la humillación. ¿De dónde salimos? ¿Qué nos une? Una vez papá me dijo que no fuera maricona. ¡Qué impotencia! ¿Cómo no intuyen su ser retorcido y poderoso? «No seas maricona. Aprendé a defenderte». ¿Cómo? ¿Quién me enseña? ¿Ustedes, que tienen los ojos y los oídos vedados? ¿Quién me enseña? Qué calor. Hoy nos vistieron iguales: un vestido muy liviano de tela escocesa color mostaza, trazado con finísimas líneas azules. Él, una camisa de la misma tela y unos pantalones cortos que hacen juego. Mi hermano odia que nos vistan iguales. A mí no me molesta. Zapatos blancos, agrisados por el uso. Cómodos, frescos, suaves. El departamento se sigue estrechando. Los pulmones se agitan. Camino por el comedor. Me miro al espejo. Mi

hermano, en la cocina. ¿Qué hará? *¿Qué estás haciendo?* Pero mejor no preguntar. Mejor no tener los ojos hincados en la nuca. Me miro al espejo y no me encuentro. Tedio. Calor. La imagen me busca. Me seduce. ¡Ah! ¡Ya sé! Me voy a hacer peinados. Voy corriendo hasta el baño. Entusiasmada, busco un peine y agarro un par de horquillas que quedaron sobre la mesada de mármol. Esa mesada entalcada de eterno desorden: cremas, algodón, la Gillette, la pinza de depilar, algún par de aros, el espejo de aumento, un papel con una dirección anotada. Ya estoy otra vez frente al espejo. Me suelto el pelo, siempre atado con una cinta azul. *A ver... Me voy a hacer un rodete, como la de la película. Así, me lo levanto...* Me gusta hacerme peinados. No tengo los sueños de las nenas lindas. No me interesa nada de eso. Me reconforto en mis creaciones. Me gusta la maleabilidad del cabello, las ondas, los mechones decolorados por el sol, las expresiones faciales que surgen a partir de cada estilo. Rodete, seria. Cola de caballo, escuela. Suelto, verano (pero del divertido, cuando vamos a la pileta de la casa de mis primas). Estoy tan concentrada en mi aburrimiento de peluquera, que de pronto me sorprendo a mí misma tarareando una canción. Qué extraña suena mi voz. Casi nunca canto. Me da vergüenza cantar. Y callo. Sigo tarareando en mi cabeza, ahora coronada con un rodete tan alto que, se diría, me sale de la frente. «Jajá. Qué ridícula». Desde el espejo me habla otra silueta, apenas más grande que la mía. Resuelta. *¿A qué?* «¿Me dejás que te haga un peinado?». ¿Qué puedo responder? Tengo que aceptar. Es mi retribución por haberme zafado de la tortura de jugar a «Titanes». Ya lo tengo detrás de mí. Me deshace el rodete y empieza a peinarme. «¡Pará! ¡No me tires tan fuerte!». De pronto me despeina con las manos. No me gusta. No me gusta. Un nido de torcazas. No me gusta. *Basta. Basta. Estaba jugando tranquila.* Me empieza a hacer cosquillas. Más. Más. Más. Caigo al suelo y lo tengo encima. Sigue. Duelen. Las cosquillas duelen. No puedo respirar. Quiero hablar y no puedo respirar. El dolor se entrecorta, la voz se ahoga. Me mira la muerte, de costado. Enmudezco de dolor, con la boca abierta y los ojos desorbitados, rogando que se detenga. Todo se vuelve vacío. Me atraganto con las ganas de gritar. Por fin escupo un llanto disfónico y profundamente lastimado de algún umbral de mi cuerpo. Enloquezco. Y grito, grito. Vocifero. Mi hermano sale disparado hacia el teléfono. Y grito, desolada, furiosa, indignada. No puedo domar la bronca de quedar paralizada ante la muerte. No puedo volver. Me dominan los impulsos de la mente… Llega mamá. Me lleva a la cama. Hay alguien más, escucho voces. La abuela, no sé. Hablan entre ellas y tratan de calmarme. No puedo dejar de llorar; me tragan las aguas de un mar enardecido. La

muerte sigue en un rincón, despiadada y rencorosa. Pero más le temo a la figura sigilosa que me observa desde la otra cama; la mirada intimidatoria y calma. Mamá le pregunta qué pasó y el gesto se torna inocente, desnudo, casi preocupado. *No sé. Estábamos jugando y empezó a gritar*. Lo odio. Y enmudezco.

Garibaldi

SOY ANUSH

Es una mujer de temple sereno y de amplia sonrisa. Tiene el pelo gris y la piel marcada por los años. Su corazón atesora recuerdos de una infancia trunca y una adolescencia dolorosa. Sin embargo, agradece cada día el hecho de estar viva.

Dicen que nuestro nombre nos define de una manera u otra. Anush hace honor a su nombre, ya que significa dulce en armenio.

Anush era una niña de dos años que vivía en un pueblito de Aintab cuando se desató la ignominiosa masacre turca de 1915. Era la menor de tres hijos. Su casa era una de las mejores en el barrio y su padre era un afamado artesano joyero especializado en oro, de esos que engarzaban las piedras preciosas en las coronas de los reyes. Su madre era ama de casa y se ocupaba de criar a los hijos, tal como dictaba la costumbre. Sus abuelos paternos vivían con la familia en la casa.

Y un día llegaron noticias de que los turcos venían a deportar a todo ser vivo de la comunidad armenia y el padre decidió que la familia debía dejar todo y huir, con el simple objetivo de salvar la vida. Consiguieron una carreta y cargaron sólo lo que consideraban indispensable para sobrevivir unos días. Al menos hasta que lograran llegar a un lugar decente donde poder empezar de nuevo. Allí subieron los tres niños, los abuelos, la madre y el padre y salieron a la carretera con rumbo desconocido. Beirut era una opción. Tenían algunos familiares y conocidos que, seguramente estarían dispuestos a ayudar. Allí se dirigieron.

Habían transcurrido dos días de viaje cuando el padre fue capturado por el ejército turco. Era un hombre de una destreza única. A cambio de unos lingotes de oro, logró convencer a los turcos de que dejaran seguir viaje a la familia en la carreta, ahora sin él. Dadas sus condiciones de trabajador y buen cocinero, consiguió salvarse trabajando como cocinero para el ejército. Tenía una cicatriz en su cabeza calva que daba cuentas de su paso por la Primera Guerra Mundial. La familia tuvo que seguir el viaje sin

él. Y luego fue el turno de la abuela; falleció de tuberculosis en el camino. El abuelo consiguió que una familia libanesa los alojara por un período. Sin embargo, la tragedia que los golpeaba era demasiado para su corazón. No soportó el dolor y falleció unas semanas después.

Anush y su madre quedaron como criadas en la casa de una amable familia libanesa. Y así vivieron muchos años. No alcanzó ni el oro ni el resto de las riquezas para pagarse una vida mejor. Los hermanos se dispersaron en un mundo de revoluciones y países nacientes.

Madre e hija trabajaron en la casa de esta familia libanesa con costumbres definidas pero con una adaptación asombrosa a las tradiciones que Anush y su mamá aportaron al llegar. Siempre estuvieron agradecidas a la tierra que las acogió y les brindó una segunda oportunidad. Consiguieron combinar lo mejor de dos mundos.

Hay una imagen de su infancia que aún permanece viva en los recuerdos de Anush: el solitario llanto de su madre, inmersa en su dolor. Habían asesinado a todos sus hermanos, a su marido nunca más lo recuperó y a sus hijos mayores se los arrebataron de su regazo. Hasta el final de sus días el dolor la desgarraba. La esperanza es lo único que se pierde pero las noticias acerca de la ola de asesinatos, violaciones, decapitaciones y desolación no ayudaban. Los soldados arrasaron una por una las aldeas. En deportaciones masivas las tropas llevaron a los inocentes por desiertos que devoraban a los más débiles.

La madre vivió largos años, fue testigo del crecimiento de su hija y la vio convertirse en una muchachita moderna aunque respetuosa de su pasado. La estimuló para que contrajera matrimonio con el hombre que, de haber estado vivos, los mayores de la familia aprobarían. Hasta la ayudó a criar a sus hijos.

Veintiocho años después de la separación familiar, Anush recibió una carta de su hermana Talín. Cuando las separaron, Talín era una bella adolescente que había sido secuestrada por un grupo de turcos. La fortuna estuvo de su parte porque otros soldados del ejército francés se la quitaron a cambio de dos caballos y así lograron protegerla y llevarla a vivir a una aldea francesa. Una pareja francesa decidió adoptarla. Estudió en el seno de una familia acomodada. Se recibió de médica y trabajó como voluntaria para la Cruz Roja. Se había casado pero no tuvo hijos.

La única noticia que tuvo de su hermano Sarkís, fue que estaba por Siria. Hasta hoy no consiguió saber más de él. La búsqueda nunca cesa…

Hoy pasa sus días contándoles estas historias a sus nietos, sentados en el jardín de su casita en las montañas.

Resiliencia. En psicología se denomina resiliencia a la capacidad de los seres humanos para sobreponerse a períodos de dolor emocional y situaciones adversas. Anush es creyente. No conoce el significado de esa palabra. Ella la llama bendición. «Tuve la bendición de tener una buena vida y seguiré dando las gracias cada mañana», dice, radiante de felicidad.

Iaia

LA RELIGIOSIDAD DE LOS OFICIOS

Mi abuelo, que era carpintero, hacía ataúdes. Antes de terminarlos, y con el júbilo de un niño travieso, tomaba una última vez su lápiz rojo aplanado y escribía alguna frase burlona dentro del cajón; *jodete por boludo*, por ejemplo.

Mi abuela, que era costurera, de soltera confeccionaba vestidos de novia. Antes de terminarlos, se arrancaba un cabello y lo extendía dentro del ruedo del vestido antes de dar las puntadas finales. Mi abuela creía que de esa forma la novia le traspasaría su suerte y ella encontraría así un buen hombre en la vida.

No sé si mi abuelo fue uno pero, diestros ambos en el coqueteo diario con las únicas vestiduras blancas de una vida, un día se encontraron y pasaron juntos los siguientes cincuenta y ocho años. Mi abuelo tuvo incluso la pulcritud final de morir el día del aniversario de boda, dejando a mi abuela libre, aunque desorientada.

Hasta que la muerte los separe.

Nosotras pasábamos mucho tiempo con ellos. Nuestras casas estaban en manzanas contiguas, y no había más que cruzar la calle como tiro para ingresar a ese mundo recatado pero permisivo que era la casa de mis abuelos.

Los días de semana hacíamos diligencias; acompañaba a mi abuela al almacén o a la mercería, o iba en la bicicleta junto con mi abuelo a hacer las cobranzas. Que lloviera no era un impedimento. Él tomaba del aparador una bolsa de consorcio blanca, bolsa en la que yo cabía de pies a cabeza, y con la tijera de costura de mi abuela le hacía tres tajos en la base, uno en cada esquina para pasar los brazos, otro en el centro para pasar la cabeza. Luego me colocaba en el asientito azul de madera sujetado al travesaño de la bici con roscas de bronce en forma de mariposa, todo hecho por él fuera del horario de trabajo, y, por último, él se subía a la bicicleta y arrancábamos, de modo que, sumado a mi chaleco blanco de nylon, todo el ancho de su espalda me cubría y sus

brazos afirmados al manubrio me servían de baranda para no ladearme cuando íbamos andando. En ese entonces, la protección para mí era simplemente eso.

O pasábamos la tarde jugando en la casa, yendo y viniendo de habitación a habitación, alternando patio y cocina, patio y dormitorio, patio y carpintería. De vez en cuando mi abuela, que por las tardes cosía en la habitación que daba a la calle, nos invitaba a la vereda con un llamado urgente porque justo en ese momento pasaba frente a su casa un cortejo fúnebre. La calle donde vivían mis abuelos conducía casi directo al cementerio, era un paso obligado, y a nosotras nos divertía contar cuántos autos iban en la procesión y ponderar así el cariño y reconocimiento que tenía el difunto. También mis abuelos pasaron luego, cada uno a su turno, frente a su propia casa, a media tarde, a media marcha, pero yo ya estaba grande para contar autos.

Hasta que llegaba el sábado. Todos los días era una fascinación, pero los sábados traían algo diferente. Nosotras experimentábamos el encanto de poder salir de noche siendo pequeñas y ellos el de visitar el sitio por donde desfilaban, para bien o para mal, todas sus manufacturas. El paseo era simple y breve: íbamos a pie hasta la catedral para presenciar los casamientos. Y así nos convertíamos por un rato en partícipes de la ilusión ajena.

No nos permitíamos entrar a la iglesia, nos quedábamos parados espiando desde el pórtico, no más de veinte minutos, que es lo que por lo general duraba la ceremonia religiosa y luego, como si súbitamente cayéramos en la cuenta de nuestra indiscreción, huíamos sin ser vistos antes de que los novios, ahora flamantes marido y mujer, marcharan en cámara lenta por la alfombra roja tomados de la mano y abandonaran la iglesia envueltos en una nube de arroz.

Hasta que la muerte los separe.

Mi padre siempre iba a la iglesia a trabajar. Mi padre, el hijo menor de mis abuelos, era fotógrafo. Muchos enamorados de la ciudad lo contrataban para que oficiara de tal en la ceremonia. Él siempre llegaba a la iglesia con bastante antelación para preparar sus cosas y, si ocurría que le sobrevenían los nervios, sacaba de entre sus cosas un caramelo, y mientras lo chupaba hacía su trabajo a resguardo de la asfixia.

Para obtener buenas fotos, decía siempre mi padre, era condición que los novios acusaran recibo de su presencia pero que al mismo tiempo actuaran como si él no estuviera. Como si él fuera un espectro, visible pero no palpable, localizable pero inasible. Siempre me llamó la atención su gusto por este curioso modo de tomar parte en la alegría pero sin formar parte de ella.

No recuerdo haber presenciado todos juntos un mismo casamiento, pero es muy probable que haya ocurrido, e incluso más de una vez. Y entonces visualizo, veo a mi padre dentro de la iglesia, empuñando su cámara y deambulando encorvado cerca del altar buscando un instante, un gesto, y también nos veo a nosotros, tímidamente asomados desde el pórtico. Todos mirando la gala desde afuera, oficiando nuestra propia ceremonia familiar.

Ida Bauer

CAMINOS

—¿Es... ella? —pregunta el hombre sujetando la fotografía con mano temblorosa.
—Sí —respondo con voz firme.

Él asiente con la cabeza y continúa mirando la foto. Durante un instante cierro los ojos y respiro profundamente intentando en vano controlar los nervios que se apoderan de mi estómago. Levanto la cabeza y le observo detenidamente, con pausa, recreándome, imprimiendo en mi memoria cada uno de sus rasgos.

Es un hombre mayor, aunque no sabría especificar su edad. Tiene una expresión serena y sus ojos verdes le aportan un aspecto amable al rostro. Va vestido con un traje gris, camisa blanca y corbata, lleva el pelo arreglado con pulcritud.

Sigue sentado, firme en el sillón de la sala en la que nos encontramos. Me pregunto cuánto tiempo lleva ingresado en esta residencia. Me asombra el hecho de que él solo pueda aportar una elegancia al lugar como ninguno de los muebles que allí se encuentran consigue transmitir. Justo al lado del sillón cuelga un mural de fotos. En ellas aparecen gran cantidad de rostros, de siluetas desconocidas, supongo que son familiares de los ancianos que viven aquí.

—¿Y bien? —su voz interrumpe mis pensamientos.

Ha levantado la vista y me mira expectante. He estado esperando este momento mucho tiempo y ahora que estoy aquí tengo que hacer un gran esfuerzo por no salir corriendo. Había preparado lo que iba a decirle cuando lo encontrara. No podía dejar que las emociones me sobrellevaran y no consiguiera contarle lo que quería. Abro la boca para comenzar, pero antes de mediar palabra la vuelvo a cerrar apretando los labios en una mueca.

—¿Sabes? —decide empezar él con una sonrisa. Ella hacía ese mismo gesto.

—Lo sé —digo pronunciando las palabras, lentamente, con cuidado. Su semblante se vuelve más serio y continúa hablando.
— Supongo que si estás aquí es porque te habló de mí.
—En realidad no —me observa con atención y me decido a exponerle el motivo de mi visita.

A mí abuela le gustaba mucho contar historias y a mí me gustaba escucharlas. Me enseñaba los álbumes de fotos, me contaba quiénes eran esas personas y qué papel habían jugado en su vida. Allí había fotos de su boda con mi abuelo, de mi madre y mis tíos y de otros muchos familiares y amigos. Recuerdo que había muy pocas fotografías de su juventud.

Una de aquellas tardes que ella endulzaba con magdalenas e historias, sacó un paquete de fotos de una caja antigua de galletas. Nunca las había visto antes, eran fotos muy antiguas en blanco y negro, de su tiempo en el pueblo, antes de llegar a la ciudad. Cuando las observé, me llamó la atención una de ellas.

Era una foto en la que aparecía una pareja joven. Estaban sonriendo. Él le pasaba el brazo por encima de los hombros y ella apoyaba su mejilla en él. Le pregunté a mi abuela si era ella y asintió. Le di la vuelta a la foto. Junio 1954. Cuando le pregunté quién era el chico solo obtuve un nombre. Luis.

Nunca volvió a mencionar aquel nombre ni aquella foto y cada vez que preguntaba, ella evitaba el tema. Sin embargo, años después, en sus últimos días en el hospital, volvió a mencionarlo.

—¿Y qué te dijo? —me pregunta Luis mirándome.

No le digo lo que me contó, porque tampoco sé si necesita saberlo.

—Quiero que sepas que la quise desde la primera vez que me habló y nunca he dejado de hacerlo —dice muy despacio—. Ese tiempo juntos fue el mejor que he pasado.
—¿Qué ocurrió? —le pregunto, porque aunque lo sé, quiero oírlo de él.
—Tuve que irme, me mandaron a otra ciudad. —Se detiene durante unos segundos—.– No pudimos comunicarnos y pensó que no volvería. Cuando lo hice, ella ya no estaba allí. —Apoya las manos en las rodillas—. Durante diez años no supe nada de ella. Un día, en un viaje de negocios,

entré en una cafetería. Detrás de la barra encontré a tu abuela, con un anillo de casada y una sonrisa en la cara. Cuando me vio se llevó las manos a la boca y me abrazó. Durante el tiempo que estuve en la ciudad, quedamos en varias ocasiones. Esa fue la última vez que la vi.

Suspira y deja de hablar. Se mira las manos. Decido buscar algo en mi bolso.

—¿Quieres ver más fotos? —le pregunto mientras se las acerco.

La primera foto es de mi madre jugando con sus hermanos. Luis la observa con atención y pasa a la siguiente. Esta vez mi abuela aparece cogiendo a mi madre en brazos, es muy pequeña. Él le da la vuelta a la foto para comprobar en qué año se realizó y continúa mirándola durante un rato. No parece que le interese ninguna más.

Levanta la cabeza para mirarme y entonces lo sé. Sé que lo sabe. Que en mis ojos verdes ve los suyos. Al igual que en los de mi madre.

No dice nada, por lo que yo también opto por no hablar. Recojo las fotos y las aprieto entre las manos.

Quiero decirle muchas cosas. Quiero decirle que estoy cabreada. Quiero decirle que debería haber vuelto. Quiero decirle que mi abuela no pudo olvidarle. Pero no lo hago porque lo miro y cuando lo hago veo caer una lágrima por su mejilla.

No puedo decirle que ella le perdonó, porque no sé si lo hizo. Pero yo sí he decidido hacerlo y quiero que lo sepa. Entre las fotos que aún tengo en las manos, busco una en concreto. La encuentro. Es del verano pasado y salgo sonriendo con mi madre. Me levanto con paso firme y pego nuestra foto en mitad del panel. Vuelvo y apoyo la mano en su hombro. Luis me dedica la sonrisa más sincera que he visto.

—Nos vemos pronto —le digo—. Y quiero que sea verdad.

Janapl

LA MARIPOSA DEL DESIERTO

Detrás del mostrador la señora Rita escucha distraídamente las historias de sus clientes, todas diferentes, pero también todas iguales. Armedia, el Caribe. Un bar que acoge a gentes de todos los horizontes, inmigrantes, comerciantes de paso, jubilados que reciben una buena pensión de su país de origen. «La mariposa del desierto» es el bar más conocido de la ciudad, una especie de punto de encuentro en el que se hace el día a día, desde hace años.

La señora Rita llegó un día a Armedia para quedarse, aunque entonces no lo sabía. Huía de algo. Muchos huimos sin saber de qué, ella sí lo sabía, pero los demás no. Los que la vieron llegar ya no están para contarlo. Unos dicen que tenía un negocio de electrodomésticos, otros que acompañaba a turistas extranjeros, porque en aquel lugar era la única que entendía sus idiomas.

Nadie se acuerda ya de la verdad, que es simple y extraña como los sueños. Rita, entonces todavía una chica, abordó un día un buque trasatlántico en un viaje sin regreso. Con lo puesto y poco más, no tenía ni la más remota idea de lo que haría, ni siquiera podía situar a Armedia en los mapas. Lo único seguro era que tenía que olvidarse de Alemania.

En el comedor se sentaba siempre a su lado el mismo hombre de buenas maneras con el que intercambiaba frases de circunstancia en un lenguaje improvisado que les permitía entenderse. Mal que bien, Rita consiguió entender que el hombre era dueño de una flota pesquera y había viajado a Alemania en plan de negocios.

—Sabe que prácticamente he perdido el viaje. Regreso al Caribe sin haber conseguido el equipo de navegación que necesito —le dijo una mañana.
—¿Por qué?
—Parece mentira, pero no pude dar con la fábrica ni con sus representantes. Tengo dos o tres barcos averiados y no encuentro solución.

Se despidió de Rita y ella no le dio más vueltas al asunto, temas de conversación en comedor, nada más. Esa tarde solo pensó en su futuro en el Caribe, un abismo sin fondo.

Todo había salido mal en los últimos meses. El tirano había convencido a su pueblo de que la infamia era cordura y cada vez había más gente dispuesta a dar su vida por unos ideales de papel, por imágenes de idilio que había que preservar de la avidez de los de fuera, por la pureza de la raza, en peligro por la invasión de individuos y principios inferiores. Era como si alguien hubiera destruido el lóbulo de lucidez en los cerebros de la mayoría. Muy pocos alemanes como ella rechazaban esta lente deformante y veían lo que se les venía encima. La resistencia, no había otra vía, y la clandestinidad sin más armas que la razón.

Si al principio consiguieron algunas victorias sobre ese enemigo omnipotente, en los últimos meses habían sido descubiertos, delatados sin duda, y dos de sus camaradas habían caído. Ella se salvó de milagro porque algo la hizo sospechar y logró tirarse de un tranvía en marcha y desaparecer. Y tendría que desaparecer, ahora sí para siempre.

El día siguiente, más por llenar un vacío y porque ella no tenía nada que se pudiera contar, retomó aquella conversación y preguntó a su vecino qué eran esos equipos.

—Señorita, es una fábrica de Dresde, Marine Werken, pero usted seguramente no ha oído hablar de estas cosas.

Era como si su acompañante de mesa hubiera pronunciado una fórmula de encanto... Dresde, la ciudad en la que siempre había vivido y que ahora le parecía imposible, tan pocos días después de haber escapado. Marine Werken en Dresde. De repente estaba otra vez en el mundo real, el mundo en el que se fabrican y se venden equipos de navegación.

—¿Y por qué fracasaron sus gestiones en Dresde? Un viaje tan largo y volver con las manos vacías. Entiendo su decepción.
—Bueno, probablemente ha sido más que nada la barrera del idioma. Todo fueron malentendidos y cuando al fin ya tenía más o menos concertada una cita, era hora de volver a mi país.

En su mente todo corría alocadamente. El idioma: eso está resuelto. Equipos: el que consigue lo que otro está buscando cobra siempre una comisión. Este señor: que los necesita. De pronto todo parecía cobrar sentido, como si encajaran todas las piezas de un puzzle, menos una, ella, la señorita Rita que no tenía nada que ver en este juego, ¿o sí?.

—Qué casualidad, si precisamente yo viajo al Caribe a promocionar esos equipos y otros productos de la industria de Dresde —dijo de pronto sin pensarlo, como si alguien estuviera hablando en su lugar. La invadió de inmediato una sensación de embriaguez y sintió también vergüenza porque estaba mintiendo a este hombre tan amable, pero ya estaba dicho y había que entrar en el cuento.

El hombre no podía creer en su suerte. Cuando todo parecía perdido, aparecía de pronto una tabla de salvación para el futuro de sus tres naves varadas.

Así rehizo su vida en Armedia la señora Rita, conocida por sus compañeros de la resistencia como la mariposa del desierto. En los días que le quedaban para atracar fue urdiendo su estrategia: la guía de teléfonos, pero seguro que solo tiene el repertorio de empresas nacionales; entonces el servicio de información internacional o la Cámara de Comercio, ellos sí me darán el número de teléfono de esta fábrica de Dresde. Hablar con ellos y proponerles un negocio de buenas perspectivas en Armedia y en los países vecinos, con la condición de que me nombren representante regional exclusiva.

El señor que viajó con ella consiguió lo que necesitaba y ella muy pronto fue para todos la señora alemana de los equipos. Nadie supo nunca que la representante comercial, la mariposa del desierto, había puesto bombas a la Gestapo, y hoy muy pocos se acuerdan de que la señora Rita detrás del mostrador de un bar de ambiente familiar vendía equipos de navegación extranjeros.

Jorge Montalbano

UN PEQUEÑO DESVÍO

Largo tiempo y abundantes dineros le había costado la ejecutoria para probarlo a partir de una cuarteada, casi ilegible partida de bautismo londinense; una daga corroída con marca del espadero; un medallón grabado, que una vez albergó su retrato, regalado a la amante criptocatólica; un anillo con iniciales labradas; un breviario dedicado, obsequio de un padre bernardo, buen amigo; un ejemplar de Tácito con anotaciones de su mano; pelos hallados inesperadamente, junto con jirones de un jubón que aún lucía la roja cruz de Santiago, en una cripta de la iglesia de Torija, en Guadalajara; además, primero y primordial, sangre del peticionario. La ciencia lo había demostrado y la ley validado. Era quien decía ser. Era… él. No se parecía excesivamente al único retrato conocido; todo lo más, en las narices anchas y los labios entrefinos. Era él, empero. Cerca de medio milenio más viejo, o más joven, mas sin duda alguna.

Lo difícil había sido convencer al duque; no de lo factible de la acción, sino de la conveniencia de desobedecer al rey en favor del Papa. Conocedor de que ningún ofrecimiento de tierras u honores le haría mella, Pío quinto, inaudito, le había suplicado, como constaba en la carta, *postrado de rodillas ante vos, Fernando, hijo mío, que mi dignidad un ardite vale en comparación con el bien de la Cristiandad*. Aquello sí había calado. Sobremanera valoraba Alba la falta de doblez y la entrega a la causa, de seguro porque también a él dichas virtudes adornaban. Aborrecía vacilaciones, medias tintas y politiqueos, la harto voluble y temporal diplomacia vaticana. Aquello rompía el patrón. *No es mucho pedir; tres leguas apenas os separan de la escuela de Satán*. Estaba el sucesor de Pedro correctamente informado. En efecto, no pasaban de tres horas de marcha, menos de una a galope tendido. Solo habían de ocuparse de descubrir las atalayas, impedir que las vigías avisasen demasiado pronto de la cabalgada. Una hora, una mísera hora precisaban.

Los capitanes de las otras once compañías de caballería se habían dado cita a la entrada de la tienda cuando Alba lo llamó para llevar la negativa

a Roma. Él rehusó y expuso el plan; tieso como un palo, aguardó bajo la mirada furibunda. Era realizable, hasta sencillo. Una compañía, la suya, entraría dispersa, por grupos, a primera hora, situándose cerca de las puertas. Un cuarto de hora antes de la hora convenida las atacarían, franqueando el paso al grueso de los caballos. Luego, solo habrían de mantenerlas abiertas tres horas, lo que tardara en comparecer la infantería. Simple, sin asedio oneroso, sin menoscabo alguno de la misión principal, sin demora, el tiempo justo para asolar Ginebra, universidad de la herejía, vivero de los predicadores que infestaban y sublevaban Flandes. No se trataba más que del primer paso, audaz, de la guerra a la que de todos modos se dirigían. ¿Por qué no librar la primera batalla en el núcleo, en el mismo útero del protestantismo? ¿A cuento de qué andarse con melindres? El obispo sería restablecido en su silla, la tierra devuelta a su legítimo señor, el cancro de Lutero extirpado. El duque de Saboya, aliado de España, contento; el rey Felipe, primer defensor de la fe, reivindicado; el Sumo Pontífice, exultante. Todos felices. Que hugonotes, holandeses y anglicanos bramaran después cuanto quisieran. Un rábano les importaba. Iban a la guerra, y por Cristo que la pretendían ganar. *Deus vult*.

Tras detenida, hosca consideración, una sola condición puso el duque: que se hubieran tomado todas las puertas, incluida la de la fortaleza, y así se señalara con fuegos, uno por cada, antes de poner un solo infante a la carrera. Si el ataque inicial fracasaba, estaban solos. No sacrificaría un piquero o arcabucero por ellos. Allá se las compusieran si no aseguraban los accesos y la ciudad se les tornaba ratonera. El ejército proseguiría la marcha hacia Bruselas sin socorrerlos, aun a riesgo de perder la caballería entera. De la veracidad de las señales respondían los doce capitanes con la vida. La misma tarde se despacharía secretamente a Roma un emisario para solicitar montante con que pagar los bisoños, reclutados en los cantones católicos, que constituirían la nueva guarnición. A Manuel Filiberto de Saboya se le comunicaría la noticia posteriormente, una vez concluido el negocio.

Y allí estaban, sentados en la placita entre la catedral de Saint-Pierre y el muro del castillo, asistiendo al auto de fe, Alba en primera línea y él, Bernardino, a su diestra, flanqueados por los demás capitanes, españoles e italianos, artífices del milagro; detrás, los maestres de los tercios y, al cabo, los hombres. Nada había fallado, nada se había desviado un ápice del plan. Habían tomado la plaza con menos de cien bajas, sin sitio, sin

artillería ni escaladas. Era su día de gloria, la apoteosis de los doce apóstoles montados del catolicismo. Alba hizo una seña. El verdugo aplicó la tea. El fuego prendió con fuerza en la madera seca. Teodoro de Beza, atado a la silla del heresiarca Calvino en lo alto de la pira, interrumpió el rezo y comenzó a gritar. El olor a carne quemada inficionó el aire. Los alaridos cesaron. Otras quemas seguirían. Había mucho que expiar, mucho que escarmentar en la Sodoma helvética. Ellos, sin embargo, no lo verían. Llevaban prisa. Tenían una guerra que ganar en Flandes, y pretendían ganarla así, rápido, sin empantanarse.

Pensó si le daría tiempo a comer antes de partir. Las tabernas de la placita prometían. No, no le daba. En la OMC eran estrictos con el horario de los traductores. Cerró el libro, *Comentario de lo sucedido en los Países Bajos desde el año 1567 hasta el de 1577,* y con él la divertida ensoñación. Otro día la continuaría. ¡Qué se habían creído aquellos herejes! ¡No eran enemigos para don Bernardino de Mendoza, el mejor capitán de caballos del ejército de Flandes, embajador en Londres y maestro de espías! Se preguntó si le placía más Mendoza que su apellido inglés...

Labenius

LA SONRISA ENCANTADA

Silvia había quedado aquella tarde conmigo en la playa. Había sonado muy urgente por teléfono, así que, tratándose de ella, no sabía si serían buenas o malas noticias.

El sol se había escondido; a pesar de que la lluvia parecía habernos abandonado ese verano y de que nos habíamos bañado en sus rayos dorados durante más de doce días, no se le veía por ningún lado. El cielo estaba cubierto de nubes, aunque la luz era intensa, blanca, clara, y el calor soporífero, hipnótico, abrumador.

Silvia llegaba tarde. Nunca nos poníamos de acuerdo, si ella era puntual, yo no llegaba en hora, y cuando yo era puntual, ella se retrasaba. No importaba, Silvia me había enseñado a disfrutar y aprovechar cada momento por inesperado, imprevisible o molesto que fuese. No había casi nadie en la playa, tan solo un par de grupos de adolescentes: el primero, que se había apoderado del recodo sur, jugaba al béisbol; el segundo, todo chicas, descansaba sobre extensas toallas de colores fosforitos, a la espera de los rayos de un sol que no se dejaba ver. Sumida en mis pensamientos, tratando de construir la historia de aquellos adolescentes, apareció Silvia con su amplia y siempre presente sonrisa.

Silvia acababa de volver de Dinamarca, y a mí, tan absorta en mi trabajo, se me había olvidado por completo. Fue un viaje repentino y de consecuencias insospechadas. Se sentó en la fina y blanca arena que, ajena al calor bochornoso, era suave al tacto. Silvia siempre te mira a los ojos –sus ojos sonríen y no hace falta contemplar su boca para saberlo– y espera unos instantes antes de comenzar a hablar. Estaba emocionada, yo lo sabía de antemano, lo presentía, había sido una experiencia increíble para ella, Silvia rezumaba ilusión, felicidad, sosiego.

Su gran aventura comenzó la tarde en la que visitó el jardín de Rosenborg. Silvia era una apasionada de la lectura y una escritora en ciernes. Devoraba todo lo que se le presentaba con un entusiasmo propio de un niño y con la tenacidad de un adulto en plena madurez. Y con entusiasmo y tenacidad llegó a la estatua dedicada a Hans Christian

Andersen, uno de los autores de cuentos de hadas más famosos. Silvia, delante del escritor, comenzó a transportarse mentalmente a otro mundo en el que la sirenita se casaba con el príncipe con ayuda de la bruja mala, el patito feo siempre estaba seguro de sí mismo y Kay y Gerda vivían por siempre felices junto a su cariñosa madre adoptiva, la malvada reina de las nieves. La cabeza de Silvia empezó a dar vueltas y vueltas, pasaba de un paisaje a otro, de un personaje a otro y solo quería detenerse...

De repente se halló rodeada de arbustos muy bien cortados y cuidados, tenía delante de sí un gran pasillo verde salpicado de colores por las flores que colgaban de un techo imaginario. Silvia se hallaba en el laberinto encantado, el laberinto con el que siempre había soñado de pequeña cuando su abuela le contaba historias de meigas antes de dormir. Silvia me las había contado muchas veces, entre atemorizada y fascinada, las había escuchado noche tras noche de verano de la dulce voz de su abuela, que denotaba el tono cantarín y ascendente propio del norte. Así se dormía, entre sueño y realidad, descubriendo otros mundos, aprendiendo verdades diferentes y ampliando conocimientos.

Silvia había perdido la noción del tiempo y del espacio, no sabía si era de nuevo una niña y estaba soñando en casa de su abuela o si se encontraba realmente en el laberinto encantado. Daba igual, la sensación de realidad era acuciante: percibía el olor de las flores, podía distinguir las rosas de los claveles y las hortensias de las margaritas y amapolas; notaba los rayos de un sol blanco sobre sus brazos descubiertos; y sentía una suave brisa mecer su pelo suelto y cegarla momentáneamente, le había entrado un pizco en el ojo. Cuando consiguió quitárselo, ya no estaba en el mismo sitio, el gran pasillo verde había dado paso a una gran plaza, rodeada por los mismos arbustos y bajo el mismo techo de flores, en cuyo centro había un pozo de piedra blanca recubierto por un suave y espeso moho de color verdoso en la parte sur.

Se acercó lentamente al pozo, temerosa y desconfiada –cualidades para nada características de Silvia–, y se inclinó sobre el pozo. Solo veía su propia imagen, el agua era cristalina, ¡espera! ¡No! Otra imagen en movimiento comenzaba a tomar forma mientras la suya propia se difuminaba hasta desaparecer por completo. Silvia se hallaba ahora dentro de esa imagen, pero nada ni nadie a su alrededor parecía percatarse de su presencia. Era ella, se veía a sí misma de nuevo, pero era otra distinta, junto a su abuela que todavía no les había dejado.

Estaba en un mundo paralelo donde los animales y las flores hablaban. Silvia no entendía nada, creía estar en Narnia, en el país de las maravillas o en la caza del zorro, se sintió mareada, se le erizó la piel y cerró los ojos intensamente. Apretó sus ojos cerrados aún más y se sintió desvanecer.

Al tomar conciencia de sí, se encontraba de nuevo frente a Hans Christian Andersen. ¿Qué había pasado? Silvia procesaba sensaciones, sentimientos y pensamientos. No les ponía orden ni concierto.

«¿Y?», le pregunté a Silvia un poco enojada por haberse detenido justo en el meollo de la historia. Me miró, me sonrió aún más, y me dijo con dulzura: «¿No te das cuenta? Estuve hablando con Andersen, el mismito. Me contó su vida con pelos y señales. Me incitó a seguir escribiendo, a creer en mis palabras, a dar cabida a este mundo mágico que realmente existe pero que, por suerte o por desgracia, solo se cree en él a través de los libros».

Ahí estaba yo sonriendo también. Silvia era contagiosa, derrochaba el don de la sonrisa y el de la palabra allá donde fuere.

Latorre

ESTEBAN

Fue un fin de semana sorprendente en todo sentido. Cuando llegamos al pueblo por primera vez en una camioneta 4x4, algunas cabezas se asomaron por la ventana para curiosear, casi con seguridad, al anormal que venía a molestar a la hora de la siesta. Así como salieron, desaparecieron, aunque creo que nunca olvidaron nuestras caras.

A mi hermana la llevé obligada, razones tenía para resistirse tanto. El enojo se le pasó un poco cuando, al llegar al caserón que habíamos heredado de nuestro padre, salió a nuestro encuentro Esteban con una sonrisa tan amplia que le cubría toda la cara. Tenía un aspecto de hombre bonachón y una mirada tierna. Tal vez Susana quiso ver en él a ese padre que nunca tuvimos, o mejor dicho, nunca conocimos.

Apenas nos presentamos, Esteban nos invitó a pasar. Nos esperaba una mesa con variedad de jugos de frutas y sándwiches, además de algunos dulces. Era todo casero, según nos comentó, hecho por su esposa Élida a la que conocimos tiempo después. Estuvimos hablando un gran rato. Nos contó vida y obra de nuestro padre que según su leal saber y entender era un gran tipo, de los pocos patrones de este país que trata a sus empleados como personas y no como cosas.

Miré a mi hermana de reojo. Tenía la cabeza gacha. Me pareció que estaba sollozando. No dije nada y seguí escuchando. Sin importar las bondades de mi padre que Esteban seguía contándonos, no había Cristo que me sacara de la cabeza la idea que ya tenía formada de él.

Nos mostró todo el caserón (más que caserón parecía el casco de una estancia) con ese mobiliario exquisito y obras de arte impresionantes para luego pasar al terreno que estaba poblado de árboles frutales y vegetales. Al fondo se hallaba la casita de Esteban, más humilde pero de buena construcción.

El aire y el viaje nos habían agotado, así que al igual que los vecinos nos acostamos a dormir la siesta.

Alrededor de las cinco de la tarde salimos a caminar con Susana. La gente joven era casi inexistente en el lugar. No había ningún centro educativo en kilómetros a la redonda y el tren no pasaba ni por error ni por casualidad.

Entramos al único almacén que había, donde compramos algunas cosas para cocinar e invitar a Esteban y señora a cenar. Para nuestra sorpresa, no solo rechazaron con total amabilidad la invitación, sino que además teníamos la mesa puesta para merendar, por lo que entendimos que también nos iban a servir la cena.

Ocurrió todo como acabo de describir. A esto hay que sumarle el desayuno servido a la mañana siguiente.

Recién a media mañana vi a Esteban, sentado al frente de su casa tomando mate. Me acerqué y nos pusimos a hablar. Noté que se expresaba muy bien y que al contrario de su apariencia tenía el acento característico de la ciudad, lo que me llamó poderosamente la atención.

Como estábamos en una situación, para mí desconocida hasta el momento, aunque quedaba bien claro que éramos las nuevas patroncitas, me tomé el atrevimiento de preguntarle de dónde era.

—Soy de Montevideo. Siempre trabajé ahí. Tenía mi oficina en pleno centro. Trabajé mucho para mantener a mi familia y darles una buena educación a mis hijos. Pero siempre tuve claro que cuando me jubilara me venía para el interior. Élida nunca compartió la idea, pero ahora está encantada. Es otra vida.
—¿Tiene nietos? —pregunté.
—Sí. Cuatro. Todos de mi hija. El varón sigue soltero pero no solterón.

Lo dejé que siguiera hablando. Era un placer escucharlo. Había trabajado muchísimo de joven y vivía estresado. Traducir el sentido no era tarea fácil, pero nunca había tenido problemas graves. El problema radicaba en cobrar a los clientes y eso le generaba una gran angustia. Querían todo para ayer, pero al momento de cobrar, debía luchar infatigablemente para poder conseguir aunque fuera un cheque diferido a tres meses. Prefería la

traducción a la interpretación. Esta última era mucho más difícil para él, aunque se cobraba en el momento. La jubilación era una miseria, pero al menos había conseguido ese trabajo como casero y nada más ni nada menos que en el campo, tal como lo había planificado. Cuando le dije que compartíamos la misma profesión, me contestó: «Ya lo sabía, fui tu profesor en la Universidad».

Lazo Raloca

LO INSOSPECHADO

No la mató. La tiró al piso con bronca, le pegó hasta olvidarse de que la estaba golpeando. La sacudió de un lado a otro como buscando sacarle algo —el alma quizás. Y le siguió pegando: uno, dos, diez cachetazos que resonaron sórdidos en el silencio del domingo.

Ella ya no se movía. Lo último que había podido decir había sido un «basta» roto, parvo. Los ojos tumefactos solo veían sombras. El sexo, magullado, hoy tampoco sentía nada.

Buenos Aires gritaba y tocaba bocina en las esquinas, en los peajes y en las barreras del tren.

En el colectivo no entraba nada más. Las manos, las espaldas y las piernas se tocaban todo el tiempo, sin opción, y el sudor de uno era el de todos. Tal vez por eso ella se detuvo en el hombre que se obstinó en entrar y prefirió viajar colgado antes que esperar al próximo 60 que podía tardar diez minutos o una hora más.

El hombre se llamaba Juan Cruz y cuatro meses después dormía en su cama.

Era raro —pero todo, o nada, o qué es raro— Valentina había dicho una y otra vez en sus cortos treinta años que nunca conviviría con un hombre. Era libre. No necesitaba tener una relación amorosa comprometida, monógama y ordinaria. Pero la vida cambia, y lo que se cree con fe ciega un día bien puede tirarse a la basura al otro.

Ciento veinte días después del primer encuentro, Valentina se fue a vivir con Juan Cruz, un «buen chico», decían los padres. Contador, bien vestido, educado. Nadie sospechó que podía ser un violento; que la violencia, a veces, se esconde detrás de una sonrisa y una charla simpática.

De a poco ella dejó de hacer lo que le gustaba. Sin darse cuenta se volvió una sombra espesa. Vacía. Juan Cruz la dominaba a su antojo y ella no decía nada.

Cómo puede una persona perder su esencia, cómo hace para enmudecer sus sentidos, sus ganas, su vida.

Hay preguntas sin respuesta. Hay personas que saben cómo enmudecer a otras y hacerlas sentir culpables del mutismo. Hay culpables.

Ese domingo Valentina cocinaba y por primera vez después de un año algo le hizo preguntarse por qué lo hacía. Por qué cocinaba, por qué ya no leía, por qué no bailaba. Se preguntó qué hacía ahí preparando una comida que no tenía ganas de comer. Se preguntó quién era, quién había sido, qué era eso que era su vida.

El impacto de la cuchilla contra la madera en la que cortaba la carne la despertó de golpe, como en un sueño en el que de repente todo tiene sentido.

Se sacó el delantal y salió rápido a buscar las llaves de la puerta de entrada. Estaba sola pero sentía que alguien la perseguía. El miedo era tan grande, tan paralizante, que apenas respiraba. Por fin encontró las llaves, tomó un abrigo y salió. El aire frío le pegó en la cara con fuerza y aplacó el temor.

Caminó con prisa hasta la calle, con la sensación de que escapaba de una prisión y de que el carcelero podía descubrirla en cualquier momento. Llegó a la acera y levantó la mirada dispuesta a correr hasta caerse del cansancio. Pero no pudo porque ahí estaba Juan Cruz, entrando en la casa.

—¿Qué hacés acá?, vamos adentro, ¿ya está la comida? —le dijo Juan Cruz.
—No —murmuró Valentina asustada.
—¿No, qué? —dijo Juan Cruz con la voz seca, tajante.
—No está la comida y no voy adentro. Me voy Juan Cruz, no quiero vivir más así. No sé qué hago acá. Me hacés mal. Me atás todo el tiempo. Me asfixiás.

Y ya no hubo palabras.

Juan Cruz la miró con los ojos inyectados y esta vez le pegó con golpes físicos. La arrastró hasta el dormitorio, la tiró al piso con bronca y la golpeó una, dos, diez veces. La zamarreó de un lado a otro y le pegó con asco, con furia, con fuerza.

Hasta que ya no había dónde pegar. Hasta que la sangre lo asustó. Hasta que salió corriendo, cobarde, con la misma cobardía con la que la había obligado a vivir otra vida.

Le pegó hasta la muerte. Pero no la mató. Nadie lo había sospechado pero ya la había matado mucho antes. Y las palabras de Valentina, esas palabras finales de supervivencia, no habían hecho más que confirmar la muerte.

Ménades

24 HORAS EN LA VIDA DE UN DESCONOCIDO

En el comedor con María, su esposa y su hija Perla, Juan Argüelles presta poca atención al plato que le han servido. Apenas ha tocado los langostinos en salsa y no deja de preguntarse si dejó la pistola bajo llave en el armario o la olvidó sobre la mesa.

—Si no te gustan los langostinos, prueba al menos la polenta en sofrito de tomate, una receta nueva que he ensayado esta tarde, dice María.
—¿Los langostinos? Ah, sí. No, es que hoy no sé qué me pasa, tengo el estómago revuelto, acierta a decir Juan sorprendido por la pregunta, por todo, como si viera por primera vez a su mujer y su hija. Seguro que la dejé sobre la mesa, y sin el seguro puesto, pensó. ¡Maldita sea!
—¿Qué horario tienes mañana en la clínica? Estos días has hecho guardia de noche. ¿Has visto los diarios de la mañana? Dos atracos esta semana a supermercados, justo a la hora de cerrar, cuando el cajero iba a llevar la recaudación al banco. Esta vez lo dejaron indemne, amarrado a una silla. Verás que pronto vamos a llorar un muerto, esta gente no tiene escrúpulos.

Juan y María es una historia vieja ya de diez años, de la universidad. Juan en Medicina y María en Arquitectura. Tres años de anatomía y fisiología humana que tenías que aprender de memoria en jornadas interminables, anfiteatros atestados, la falta de dinero, siempre, el deseo de comprarse un Fiat, imposible de realizar, la lúgubre pensión universitaria. Tres años no más aguantó Juan esta vida que no era la que siempre había soñado, la del cine... viajes, aventura. Un día dejaron de ver a Juan en la facultad.

Juan Argüelles aceptó un día la invitación de unos tipos de mala cara que rondaban por la universidad en Harley Davidson, último modelo de estruendo. Solo por curiosidad, dos o tres cervezas, no tenía nada que perder.

La pandilla de las Harley tenía sus lugares de reunión, nunca se sabía dónde, para preparar el seguimiento del tipo que conducía uno de los automóviles más caros de la ciudad. Hacerse una idea de sus horarios y

fijar el mejor momento para meterse en su casa. Preparaban atracos y forjaban planes cada vez más descabellados y peligrosos, porque uno está en este mundo para hacerse rico, y que se jodan los demás.

—Tenemos suficiente con la beca, María. No tienes de qué preocuparte.

Tres años más así, hasta aquel día en que Juan vino con la noticia de que le habían ofrecido trabajo en el Hospital de Caridad, un consultorio de médico general con un salario decente. Ahora sí vamos a vivir más tranquilos, le dijo a María.

María, que había terminado sus estudios un año antes, trabajaba como auxiliar de proyectos en una oficina de arquitectos en un pueblo vecino. Todos los días tomaba el tren muy temprano y volvía tarde. Juan dejaba siempre colgada la bata blanca en el vestíbulo y un maletín con cosas de médico. Unos días salía con ella: «Turno de mañana» —le decía. Con frecuencia le anunciaba turno de noche y no regresaba hasta la madrugada.

Quién iba a notar que los turnos de un médico de familia coincidían con una serie de atracos a casas de particulares, supermercados y tiendas de lujo en toda la ciudad de Rionegro.

EL HERALDO DE RIONEGRO: «Peligroso delincuente cae en flagrante delito - Hacia las siete de la tarde, cuando el guardia de servicio se disponía a cerrar la puerta de seguridad, dos individuos hicieron irrupción en el Best Price de la calle Llorente, uno de los negocios más prósperos de la ciudad. Encañonaron al guardia y al encargado del negocio y los obligaron a abrir la caja fuerte. Cuando se disponían a huir en sendas motocicletas que habían dejado aparcadas en la entrada, con un jugoso botín, se vieron rodeados por policías en uniforme y de civil que les dieron el alto. Uno de estos facinerosos, quizás bajo el efecto de drogas, sorprendió a los agentes por su indiferencia a las armas que lo encañonaban y consiguió arrancar la motocicleta y esquivar las balas. El otro fue esposado en el acto y conducido a la comisaría».

Esta noche Juan no ha vuelto a casa y María empieza a preocuparse. Muchas veces llega tarde, con los médicos nunca se sabe, pero ya tendría que haberla llamado. Hay una epidemia de gripe y el otro médico está de

vacaciones, tal vez por eso. Algo más tranquila, se duerme al fin, rendida de una jornada tan larga.

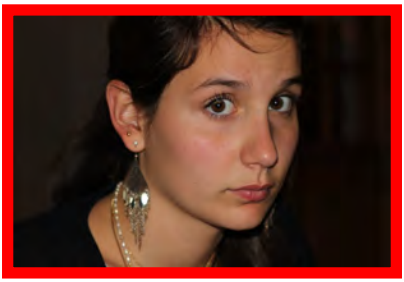
En la comisaría pasan las horas. El tipo ha decidido hacer el duro y no abrir la boca en los interrogatorios, aunque tenga que pagar él solo por los hechos. Fotos de seguimiento de la banda, pruebas materiales... nada, que él a esos nunca los ha visto, pura casualidad que estuviera allí justo en el momento de un atraco.

Detrás del espejo traslúcido, el comisario principal sigue estos interrogatorios y va dando indicaciones a su gente, datos que pueden ir soltando a ver si el otro muerde el anzuelo, porque él conoce de sobra esta banda. El comisario principal es un especialista de la infiltración de bandas armadas. Tras una corta carrera de aprendiz de carterista, no muy lejana, interrumpida oportunamente por un policía del barrio, cuando vacilaba entre el arrepentimiento y hundirse de cabeza en el delito, descubrió que era mucho más fascinante seguir que ser seguido, ser un agente doble y no un simple ratero.

Juan Argüelles, el comisario principal, atento al interrogatorio detrás del cristal, recuerda de repente que la pistola no la dejó ayer en el armario, ni sobre la mesa. La dejó caer frente al supermercado y no se dio cuenta entonces, en la revuelta que se armó, porque le estorbaba la máscara que tenía que llevar puesta para enfrentarse a los tipos de las Harley.

Montero

LA MUÑECA DE TRAPO



Abrí los ojos al sentir el contacto cálido de una mano desconocida sobre mi frente. La tenue luz del sol filtrada por el follaje no conseguía calentar mi cuerpo empapado de sudor frío: yacía entre la hojarasca con un desconocido, desorientada y sin poder conectar este momento con todo lo que lo precedió.

—¿Puedes oírme?

Respondí con un leve gesto afirmativo.

—Todo irá bien, no te preocupes.

Volví a cerrar los ojos y una extraña sensación de ligereza inundó mi cuerpo. La hojarasca se había convertido en arena y la mano extraña en caricia conocida. Estaba con él, en nuestra playa, envuelta en la cegadora luz del mediodía, todo era blanco y azul. Todo lo que podía oír era su voz cálida y profunda, entremezclada con el susurro distante de las olas meciéndose en la brisa.

—Háblame de tu infancia.

Por toda respuesta clavé mi mirada en la suya, en ese otro mar, en ese océano oscuro —destino último de mis deseos más íntimos— en que tantas veces me sumergí.

—No me cuentes la verdad, no me interesa: cuéntame algo de tu niñez soñada.
—No prefieres la verdad —pregunté, sorprendida por la debilidad de mi propia voz.
—¿Verdad? ¿Qué es la verdad? ¿Qué importancia tiene? No hay más verdad que el presente, aquí, ahora, el sabor a mar de tu piel, lo demás es una quimera.
—Estoy cubierta de sudor, lo siento.

—El mar es el sudor de todos los amantes de la historia —replicó mientras acariciaba mi pecho empapado.

Cerré los ojos para bucear hasta lo más profundo de mi ser y empecé a hablar:

—Cuando era niña mi padre solía llevarme de excursión, primero sólo a los bosques cercanos, pero con el paso del tiempo empezamos a ir a las montañas. Mi pasatiempo favorito era coger arañas: sentía fascinación por esos seres tan frágiles y tan poderosos a un tiempo, perfectos, determinados a cumplir ciegamente las exigencias de su instinto, a ejecutar fanáticamente la implacable ley de la naturaleza, de matar libres de toda pasión y remordimiento.

Una mañana de octubre mi padre me llevó al desfiladero de las Xanas. Caminábamos en silencio. Mi padre vigilaba mis movimientos mientras yo sentía el precipicio a mi derecha. Era la primera vez que estaba tan cerca de la nada, del oscuro océano insustancial de mis sueños, de ese mundo nocturno frío y acogedor que había creado para aplacar el fuego que me consumía cada día. Nunca me había sentido tan cerca de la felicidad, de la libertad del vacío, que con su promesa de paz me arrastraba irremisiblemente hacia el abismo. De repente me empecé a marear, la silueta de la cornisa de roca, hasta entonces nítida, se empezó a difuminar: estaba allí, petrificada entre el cielo y la tierra, y pronto el resto del mundo despareció de mi alrededor. Recuerdo que me detuve, me volví y en silencio le di un beso a mi padre… y luego todo fue oscuridad. Mi cuerpo había perdido su rigidez, aún podía verlo flotando en medio de la nada, quebrado y ensangrentado, pero ya no lo sentía, como si mi alma lo hubiera roto para escapar de su prisión física y por fin poder vagar en libertad por el mundo de mis sueños. Todo lo que sentía ahora era el ansiado erotismo onírico de mis noches, la voluptuosidad de flotar en ese espacio líquido que fue mi único refugio de las terribles pesadillas que cada vez más a menudo desgarraban mis noches. Por fin estaba allí, arropada por la sensualidad del vacío, por una caricia que envolvía todo mi cuerpo… por fin era feliz. Pero de repente llegó el viento, empecé a sentir frío y me estremecí: sabía que otra pesadilla se estaba acercando. En ese momento intenté correr, escapar, pero no conseguí moverme: mi cuerpo yacía roto, imperturbable entre hojas y barro. Tan solo entonces me di cuenta de que ya no estaba dentro de ese cuerpo, de que lo veía desde fuera. Intenté agitarlo, tirar de él, pero era inútil. Quise gritar,

llorar, pero no tenía voz, no tenía lágrimas: me había convertido en aire, en éter, en luz mortecina, en el espíritu vagabundo de mis sueños.

El viento se volvía cada vez más fuerte. El rumor del bosque pronto se convirtió en un estruendo insoportable, las hojas que cubrían mi cuerpo empezaron a formar remolinos y las ramas se agitaban ya con violencia cuando la vi acercarse. Al principio no era más que una pequeña mancha oscura, pero a medida que se acercaba iba creciendo de tamaño, y lo que antes era una masa informe se había convertido en la terrible silueta de una libélula descomunal. Vi cómo se acercaba implacable a la prisión de mi espíritu, ya vacía, vi cómo la cogía con sus garras por la cintura y la metía en su horrible boca, para luego remontar el vuelo y alejarse. Al principio aún podía distinguir mi cuerpo tronchado colgando de su boca, fláccido como una muñeca de trapo, luego ya solo se veía la iridiscencia de sus alas, hasta que volvió a transformarse en una mancha cada vez más pequeña para desaparecer en la distancia…

Me quedé sola. El viento había cesado y una densa niebla empezó a engullir el bosque, envolviéndolo todo en la oscuridad de su impenetrable manto, devorando la hojarasca donde había yacido mi cuerpo exánime, la última huella de ese ser incompleto que siempre fui, hasta que por fin a mi alrededor únicamente quedaron tinieblas. Solo en aquel momento pude apreciar el resplandor etéreo de la tenue fosforescencia errante en que me había convertido, fuego fatuo a la deriva, flotando para siempre en la infinita soledad del oscuro mar de mis sueños. Por primera vez me sentí completa, libre, feliz.

Después solo hubo silencio.

***

Para cuando el helicóptero aterrizó en el hospital nada pudieron hacer para reanimar su cuerpo ya frío, inerte, como el de una muñeca de trapo.

***

Nómada

TUMBADO EN LA CAMA A MEDIA TARDE

¿Y de qué me ha servido esforzarme todo el año? Ha pasado la fecha para presentar el ejercicio y no me he dado ni cuenta. Es que ni me acuerdo de cuándo tocaba entregarlo. ¿Dónde lo habré apuntado? ¿O ni siquiera lo apunté? Pero, ¿en qué estaría yo pensando? ¿En que no se me note que tengo a Julie entre ceja y ceja, todo el santo día haciéndome runrún en la cabeza? Seguro. Es que no quiero que lo sepan, no quiero que nadie lo sepa. Y tengo que disimular mucho cuando me preguntan en qué piensas, sólo porque me ven mirando al infinito, y yo imaginándome a Julie. Y no me dejan en paz. Ni imaginármela tranquilo me dejan. Quieren saber por qué me quedo así, como colgado. «Pareces lelo» dicen. Pero yo ni caso, yo a lo mío. No se pueden meter en lo que pienso. Por suerte hay algo en lo que no se pueden meter. Porque lo que pienso es mío, ¿no? Cuando pienso en Julie es como si fuera mía, y me la imagino como quiero, y siempre que quiero. O sea, siempre.

¿Pero por qué son tan guapas las chicas? Es que no hay quién lo entienda, vamos. Con el corpiño ajustadito y unas téticas debajo de las que cualquiera despega la mirada. Uf! es demasiado duro... Y la piel, que parece sedosa y blandita y calentita y que si la tocara se erizaría... hasta que zas! te encuentras con un tatuaje y ahí te paras. Porque a mí me daría grima pasar los dedos por encima. Pero ahora ya no se estilan los tatuajes. Eso era antes, se los hacían chicas que ya son mayores. Ahora están más de moda los piercings. Y el que lleva Julie en el ombligo es el mejor de todos. Un diamantito que te llama, «Ven, ven...» como hipnotizándote. Y yo me dejaría, ¿eh? Hipnotizar y lo que fuera. Claro que mejor despierto que dormido, porque si luego no me acuerdo de lo que ha pasado, ¡menuda gracia!

Y el ejercicio sin hacer. ¡Ya verás la que me cae mañana! Estoy por no ir a clase. ¿Para qué? ¿Para presentarme así, con las manos vacías? ¡Vaya lío! Pero peor que eso es que se acaba el curso y vete tú a saber dónde se va a veranear Julie. Si la pierdo de vista, igual me olvido de cómo es. ¡No!

¡Eso nunca! La tengo bien vista y bien medida. Y por si hiciera falta, hay docenas de fotos suyas colgadas en Instagram. Porque eso sí, ella es de las que dedican Instagram a su propia persona, Julie con gato, Julie en bikini nuevo, Julie con maleta, Julie y amigas bailando zumba, con sol, con lluvia, y a cada foto le pone poemitas y frases interesantes. Un poco rollo. Pero bueno, cada uno con su instagram se lo monta como puede. Otros cuelgan fotos de los pasteles que se zampan, o de sus mascotas en acción. Mamá cuelga lunas llenas y siempre le salen borrosas.

¿Y ese ruido, qué es? Parece un pajarraco enfadado. O de mal augurio. ¿Quién hay ahí detrás de la puerta? ¡Mamá!, ¿pero qué haces? Te he dicho que quería estar solo, ¿no? ¿Y por qué sueltas esos graznidos de urraca? ¿Qué te ha pasado, eh? ¿Te has trastornado? ¿Por qué te me echas encima en posición de ataque? No! Cosquillas no! Por favor...! Sabes que les tengo alergia y me salen sarpullidos. ¡Pero déjame! Que no puedo ni respirar. ¿De dónde sacas esas cosas, mamá? ¿A quién se le ocurre lanzarse como un pájaro loco encima de un hijo que está tranquilamente tumbado en la cama, descansando? Son técnicas nuevas que os contáis las madres, ¿verdad? ¡Vaya panda!

Ay! No me hagas reír tanto, que luego me duele todo, en serio, y no puedo concentrarme en los deberes. ¿Dices que ya no hay tiempo para deberes? Bueno. Lo que sea. No podré concentrarme en lo que sea. ¡Basta ya de hacerme reír, te lo pido! ¿Qué? ¿Que quieres saber en qué estoy pensando? ¡Ni sueñes que te lo voy a contar! Ni aunque me ataques como un gavilán furioso! Bueno, así menos aún. Es que de verdad, mamá, harías cualquier cosa para intentar entrar en mi cabeza y adivinarme el pensamiento, ¿eh? Pero eso nunca.

Risas y cosquillas, vale. Pero hasta ahí podíamos llegar.

Orión

EL REFLEJO DE UN SUEÑO

De pequeña creía tener alas de ángel, con cartulina y colores dibujaba algo parecido a lo que yo consideraba unas alas y volaba, volaba corriendo por las calles de un pequeño pueblo de la costa cantábrica.

No tenía más de 5 años cuando mis alas se quedaron en aquella casa y me marché lejos, muy lejos de aquel lugar. Entonces, fui creciendo...

Mi sueño se quedó en aquella casa, casi destruida. En mi nueva casa no tenía alas, no podía imaginar, el primer día quería jugar pero aquí los niños no pensaban en volar sino en tener un coche, un avión y hasta un jet privado. Lloraban por la atención de sus padres con la única intención de conseguir el juguete más caro y presumir delante de otros niños. Era extraño, yo solo necesitaba una cartulina o una caja de cartón y el mundo se abría, mi corazón latía, era imposible no sonreir. Hasta que pasados unos días, uno de esos niños se acercó y rompió mi creación. La realidad se impuso en aquel territorio desconocido.

Sin embargo, cada noche, tumbada en la cama, escribía en mi diario versos sobre unas alas blancas y negras. Las mitades de mi ser, de lo que deseaba hacer pero no podía, de todos los sentimientos que no entendía en aquella época. Quería darle una patada a ese niño que rompió mi caja de cartón, pero aquello estaba mal y yo lo sabía. Por el contrario, con aquellas alas podría llegar adonde yo quisiera. Lo mejor de todo era que me acostaba y soñaba que ahí estaban, atadas a mi espalda. Y de pronto, unas cadenas me impedían moverme, me apresaban y cada vez que intentaba volar, me apretaban hasta dejarme sin respiración. Despertar. Sentimiento de sofoco. Sollozar. Cuerpo empadado en sudor.

Con el tiempo dejé de sentirme desdichada, resignada a aceptar lo que tenía y el territorio en el que debía interpretar mi rol. Los años pasaban, muchos amigos, roces y cariños; un novio, otro novio, el instituto, la discoteca... la universidad.

Desde entonces no había vuelto a mi pequeña casa de la costa, y un verano decidí volver.

El viaje se me hizo muy corto, diez horas de coche, en la entrada del pueblo sentía los nervios a flor de piel y no sabía por qué. Cuando llegué me puse a explorar por la casa, no pensé en subir al desván directamente, donde guardaba mis cosas de la infancia. Quería disfrutar un poco de las vistas, del árbol con sus 500 años, del parque... de nada en especial. Pero algo me dijo: «sube». Así que, a regañadientes subí los 3 pisos que me separaban del desván. La madera rechinaba bajo cada paso.

Abrí la puerta, mi traje de los domingos seguía colgado del maniquí, mi primer triciclo allí tirado y entre todos aquellos trastos, acabé por encontrar aquellas alas con las que me encantaba soñar. Me reí de pensar que podía jugar con aquellas cartulinas que parecían más una obra abstracta que un cúmulo de plumas blancas y negras.

Cerré los ojos, las cartulinas se escaparon de mis manos, notaba un fuerte pinchazo en la espalda, algo se unía a mis vértebras, el dolor era atroz, lloraba sin gritar. No sabía qué estaba pasando. Abriendo los ojos en la oscuridad del dolor, atravesé la ventana del desván, salí al tejado y eché a volar. Como un pájaro recorrí todo el pueblo desde el cielo, el tacto con las nubes, aunque asustada, con vértigo y mariposas en el estómago. Sonreí. ¡Estaba volando! No me lo podía creer. Todo se veía tan diminuto desde aquí arriba...

Abrí los ojos de nuevo. Estaba tumbada en el suelo con las cartulinas en la mano. Al parecer estaba tan cansada que me había dormido. Pero había vuelto a soñar. Había pasado tanto tiempo que lo había olvidado. Abracé las cartulinas y las volví a dejar en su sitio. Mis alas, mis sueños. Todo era reflejo de mis sentimientos y acababa de volar.

Cerré la puerta del desván. Mientras dos plumas blancas caían al suelo.

Railindae

ERROR DE INTERPRETACIÓN

La carta había llegado. La Organización Mundial del Comercio le ofrecía, al fin, un contrato de tres meses. Tras dos años a salto de mata, en precario, luchando por meter cabeza, entraba en la rueda. De hecho, por derecho, se había convertido en miembro del circuito de traducción internacional. No más trabajar en pizzerías, no más motero de sobres y paquetes, no más colaboraciones apresuradas con conocidos ahítos de palabras, no más raquíticos contratos por obra, a destajo, a matacaballo en la madrugada, en el avejentado edificio de la Unión Internacional de Telecomunicaciones. Se acabó el miedo a no ser capaz de mantenerse en Suiza, a regresar a Francia por la puerta falsa, a solicitar ayuda económica a la madre medio ausente desde el sepelio y la nueva boda. Concluía el varapalo al ego, la labor no cualificada de camarero o repartidor, o de pasante, de negro de un traductor más afortunado, menoscabado en firma y recuento curricular de palabras. Podría no llegar ahogado a fin de mes, no verse obligado a cruzar la frontera en busca de alquileres soportables, no sobresaltarse con las facturas imprevistas, no carcomerse por la mayor aportación de Marie a la economía doméstica y, sobre, todo, poner fin a las interminables discusiones, relegarlas al olvido con un regalo coqueto o una invitación a cenar, como un novio enamorado y contrito, como un hombre de mundo y profesional pudiente, y no, como sucedía hacía meses, dando en el sofá tragos nerviosos, rencorosos, malhumorados, a una botella comprada en el supermercado. Los problemas, todos, desaparecían por ensalmo con la carta redentora. Por su propio pie bajaba de la cruz, resurgía de sus cenizas, renacía.

La primera tarde ella se presentó en casa pasada la medianoche, atribuyendo la tardanza a una celebración con compañeros; la segunda, ya al cruzar el umbral dijo que tenían que hablar. La relación había tocado techo, hecho aguas, perdido suelo. A los dos convenía separarse. No había tercera persona, repitió. La conocía bien. Al final, en la misma línea de llegada, alguien le había ganado la carrera por una cabeza, quizás por un cuerpo de distancia. Debía buscarse otro alojamiento. El corazón de su

novia lo desahuciaba sin remedio. Marie era buena chica; había aguantado lo suyo. Nada podía echarle en cara. Una velada más, recuperó del estante la botella de la que tan efímera, ilusoriamente, se había creído divorciado.

El anuncio que tanto prometía, estudio no abusivamente caro en el centro, a corto pedaleo de la oficina, salió rana. Los tres meses por adelantado, a depositar en una cuenta de rara codificación, lo hicieron desconfiar, así como la triple sucesión de voces exóticas al otro lado del teléfono. Investigó y al cabo se dirigió a una comisaría. Efectivamente, estaban estafándolo. La transferencia saltaba a Londres desde Ginebra y, vía Casablanca, aterrizaba en Nigeria. Marie se impacientó. Irracionalmente, se negaba a dar crédito, por más que le enseñara la copia de la denuncia, a la historia del timo. A gritos le exigió marchar cuanto antes, adonde fuera. Agotados novia, casa y licor, sediento, con ansia, se echó a las calles del Pâquis. Perdió la cuenta de locales y bebidas. En una puerta, a muy altas horas, etílicamente euforizado, replicó de mala manera a tres iraníes; del desabrido cruce de palabras se pasó al insulto, al forcejeo y a la paliza en regla. Le inflaron la cara a puñetazos, a patadas lo molieron en el suelo, entre fogonazos de dolor vio a uno desplegar una navaja y a otro disuadirlo. Lo arrastraron hasta la esquina y allí, tundido y tumefacto, lo tiraron. Semiinconsciente, sin reloj, se tambaleó por jardines y asfaltos desiertos, bordeando el lago, desnortándose y de nuevo encaminándose hacia la zona internacional, enfilando siempre la OMC salvadora. El guarda nocturno ni lo detuvo ni reportó incidencias. A las nueve de la mañana, sucio, sanguinolento y apestando a alcohol, mas cumpliendo el horario en su puesto, de bruces sobre la mesa lo hallaron dormido. Entre airadas protestas llamaron al enfermero del ala, contra su voluntad lo llevaron en coche al edificio principal, llorando lo embarcaron en una ambulancia rumbo al hospital. Presentaba el traductor eccehomo un hueso dislocado en un brazo, contusiones múltiples y leve conmoción cerebral. Ninguna muy grave, pero suficiente cada lesión para dejar el trabajo. La madre había sido avisada; el día siguiente recogería al hijo problemático y sus cosas. Las jefes de sección y departamento estaban de acuerdo; pasado el tiempo y consumada la recuperación, estudiarían —tras los correspondientes informes y preceptiva entrevista— concederle o no una nueva oportunidad.

Caviló, como seguramente hizo al cruzar de vuelta la raya su fugaz colega de románticos rizos y gafas de roedor palabrero, si estábamos de paso en este mundo y el próspero valle del Ródano devenía al fin, como los demás, de lágrimas; si a Jesús los romanos lo habían flagelado con razón y el Sanedrín juzgado con equidad; si María de Magdala era buena mujer o mala pécora, y María de Galilea madre abnegada o desafecta. Quizás se trataba de errores de traducción o interpretación desde la tríada bíblica. Quizás no resucitó al tercer día, como decían, sino que murió para siempre, o resucitó para nunca volver a mezclarse con los hombres, sus matadores. Acaso se hizo *freelancer* casero a perpetuidad; acaso, abandonado por la fe, abandonó para siempre la profesión. Tal vez —quería creer— únicamente había cambiado de terraza y organismo internacional, y en aquel momento fumaba como él, solo, rumiando con aprensión errores peligrosos para un temporero que antes comentaban a dúo, contemplando el lago y el Palais, contemplando un futuro mejor…

Titus Actius

LISTA DE AUTORES Y LECTORES

AUTORES

Pamela Aguirre Leonetti
Gustavo Alfaro
Miguel Amores
Mª Carmen de Bernardo Martínez
Silvia Blanco
Saadia Liliana Bracamonte
Felipe Cantero Leiro
Isabel Teresa García
Luz Angelina Gómez
Fernando González
Teresa Gottlieb
Almudena Iglesias
Silvia Kederian
Sandra Lauría
Isabel León Anés
María del Mar Moya
Cecilia Miranda
Sylvia Navone
Jana Palomino Lozano
Carolina Previderé
Guillermo Toth Nagy
Beatriz Zorrón Minhondo

LECTORES

Celia Barnés Castaño
Isabel Ferrer
Alfonso Ferrer
Fernando García Alonso
Helen Gilboy
Fernán Gonzalez-Alemán
Maria Eliana Inostroza
Carlos Llull
Patrocinio López Herrada
Ernesto Musso
María Nobrega
Carlos Oppenheimer
Cristina Parzenczewski
Emmanuelle Turner

corazón vacaciones tiempo ahora idea
critico paz belleza grandeza milagros
palabras comedia arte personas pensami
sentimiento creador imagen natura
amar agua arquitectura tierra campo
juegos horizonte ciudad pueblo mont
aventura traducir posesión familia
débil compasión ayudar disfrutar osar
mejor noche dulce certeza realid
tempestad amigo bienestar sonreír deport
universo hombre asteroide mujer tifón c
cuerpo moda colegio despedida triste pas
majestuoso brillante austero payaso poes
conductor pena sobrevivir despejarse sal
campar donde viento flor interpretar
años presumir contemplar abusar
seno invierno calentar componente exis
nobleza diestro bestia cultura